

Más por Lezama

RAFAEL ALMANZA

Iván González Cruz
Diccionario. Vida y obra de José Lezama Lima
 Generalitat Valenciana
 Valencia, 2000, 676 pp.

José Lezama Lima
Poesía y prosa. Antología
 Selección, prólogo y notas
 por Iván González Cruz
 Editorial Verbum. Madrid, 2002, 365 pp.

COMENZANDO EL SIGLO HAY TANTOS TRABAJADORES de la cultura cubana fuera del archipiélago que más que de una diáspora debiéramos hablar de una explosión de las posibilidades nacionales: en su momento se verá como una ganancia extraordinaria y no como una desgracia, aunque así nos parezca hoy. En vez de ser globalizados por otros, nos hemos lanzado al globo nosotros mismos. No hemos traído el mundo a casa sino que hemos puesto la casa en el mundo. Este acto de voluntad y de sabiduría va a tener innumerables ventajas a la larga, porque en el fondo es un acto de confianza en las propias capacidades individuales y en el valor universal de la cultura que portan. Pobeda y Boti, al comienzo del siglo xx, no se fueron de Cuba, pero dejaron de escribir, perfectamente afuncionales no ya en un mundo en donde no podían ser nadie, sino en su propia tierra. No hemos sufrido en vano. Si tenemos en cuenta las dimensiones de nuestro país y los obstáculos de formación y desarrollo que ha enfrentado, lo menos que podemos concluir es que verdaderamente tenemos una literatura potente, que en menos de dos siglos ha ofrecido al mundo una pléyade de escritores tan buenos como los de muchas buenas literaturas y al menos dos genios universales: Martí y Lezama. El escritor cubano es ahora mismo un escritor, no un cualquiera como

padeció Novás Calvo, un ciudadano que cuenta, aunque no quiera contar ni hablar, útil por no irse y útil yéndose: le respalda un pueblo instruido y, sobre todo, la obra poderosa de sus colegas mayores. El escritor cubano que hoy dedica su tiempo al estudio y la divulgación de esos nombres, está haciendo cultura y patria y, a la vez, se está defendiendo a sí mismo. Incluso si esta generación fuera sólo una generación de comentaristas, se estaría haciendo obra mayor. Y la verdad es que se hace, con un empeño que revela las maravillosas energías de cada quien y, desde luego, los poderes latentes y manifiestos en una literatura acumulada y prestigiosa, que interesa en donde quiera y tiene amigos por todas partes.

El fabuloso *Diccionario* que comentamos es prueba al canto. Se trata de una lujosa edición de la Generalitat Valenciana, precedida por prólogos personales de su Presidente Eduardo Zaplana, del Conseller de Cultura y Educación Manuel Tarancón Fandos y de la Directora General de Programación Cultural y Patrimonio Artístico Consuelo Ciscar Casabán. Véase cuánto entusiasmo valenciano por asociarse a una obra cubana, a un instrumento exegetico relacionado con un gran escritor habanero y universal. Tampoco es un caso aislado. En España ha encontrado Iván González Cruz lo que en su país no tenía: la oportunidad de publicar una sucesión de volúmenes dedicados a Lezama Lima, especialmente sus textos inéditos, con una fidelidad y una competencia que hemos elogiado ya en estas páginas (y también, por cierto, su espléndida noveleta *El signo de jade*). Ahora este trabajador de la fidelidad cubana ha tenido a bien conformar y publicar una estupenda clasificación de textos lezamianos en un índice de conceptos que abarca desde la palabra *abuella* hasta la final *zurdos*, pasando por asuntos de conocido relieve como el conocimiento poético, el barroco americano, el espacio gnóstico, la homosexualidad, lo sobrenatural, la posibilidad infinita: el lector encuentra el texto lezamiano y la referencia bibliográfica precisa, sin comentario del compilador. Está

Novedades



Antología de la poesía cubana

Vols. I, 336 págs. 20,00 €

ISBN: 84-7962-232-6

Vols. II, 496 págs. 29,95 €

ISBN: 84-7962-233-4

Vols. III, 576 págs. 29,95 €

ISBN: 84-7962-234-2

José Lezama Lima

Vols. IV, 484 págs. 29,95 €

ISBN: 84-7962-235-0

Ángel Esteban y

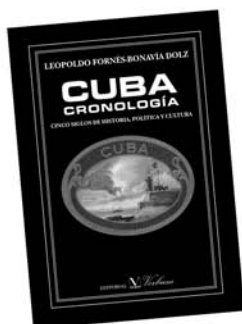
Álvaro Salvador

Obra completa

1.690 págs. 104,00 €

ISBN: 84-7962-236-9

La obra canónica de Lezama Lima, publicada en 1965, cubre la poesía cubana hasta el siglo XIX; el cuarto volumen (siglo XX) ha estado a cargo de A. Esteban y A. Salvador.



Cuba. Cronología. Cinco siglos de historia, política y cultura

Leopoldo Fornés-Bonavía

340 págs. 17,70 €

ISBN: 84-7962-248-2

Por primera vez se publica en España una Cronología exhaustiva de la historia de Cuba. Quinientos años de historia detallados, siempre que ha sido posible, mes a mes, día a día. Referencias puntuales a Arquitectura, Ciencia, Cine, Deporte, Escultura, Filosofía, Historiografía, Literatura, Música, Pintura, Población, Religión y Teatro. Bibliografía e Índice Onomástico



Los potros de bárbaros atilas y otros cuentos

Eugenio Suárez-Galbán

240 págs. 12,00 €

ISBN: 84-7962-238-5

El volumen recoge seis narraciones donde se entrecruzan la historia más reciente de Cuba y España. El autor cubano, radicado en Madrid durante más de dos décadas, aprovecha sus experiencias para trazar un abarcador escenario que encierra desde la tragedia de la Guerra Civil española hasta testimonios de la Cuba actual y su reflejo en la vida de los inmigrantes.



El héroe del espigón

Evelio Domínguez

184 págs. 10,00 €

ISBN: 84-7962-242-3

Herederero de una de las más ricas tradiciones poéticas cubanas, la décima, Evelio Domínguez se ha revelado como uno de sus máximos cultivadores contemporáneos. Como ya hiciera en 1999 con su novela *Puerta Dorada*, nos entrega de nuevo una extensa narración poética, compuesta por 956 décimas, en la que aborda personajes y paisajes de la tradición popular cubana.

EDITORIAL  *Verbum*

Eguilaz, 6, 2º, Dcha. 28010 Madrid. Tel.: 91-446 88 41 - Fax: 91-594 45 59

E-mail: verbum@telefonica.net

claro que el empeño no puede ser exhaustivo, pues semejante pretensión generaría un enorme número de diccionarios más bien inútiles: el autor privilegia los inéditos que él mismo ha ido publicando año tras año y que son por lo tanto obra menos conocida, pero no deja de citar los grandes libros amados por todos, *Paradiso* o *La cantidad hechizada*, por ejemplo, con los que esos inéditos tienen una relación orgánica. El resultado es un arma poderosa para la investigación y la exégesis, una capacidad para encontrar las referencias velozmente y para enlazar o sintetizar distintas dimensiones del pensamiento del genio de Trocadero. La misma acumulación de los asuntos impone, propone y educa, y aun más el calado y la elevación permanentes de ese majestuoso volumen a dos columnas. Puede leerse de cabo a rabo como una suerte de resumen del *corpus* ideológico lezamiano y como una descomunal *obertura palatal* para apasionados exégetas andaluces. Son particularmente importantes las referencias a personalidades de la cultura: solamente en lo que se refiere a los escritores y artistas cubanos, el lector encontrará una antología utilísima de textos que demuestran que Lezama hizo sabiamente por otros lo que ahora tenemos que hacer por él: la construcción de una república cubana de las letras universales, inspiración para una república verdadera en el mundo. Como si fuera poco, el volumen incluye otras herramientas valiosísimas: la lista de las ediciones príncipe de las obras de Lezama, un cuadro cronológico, unos índices de personalidades, de lugares, de obras y personajes, de la fauna, las frutas, plantas y vegetales aludidos, de palabras o frases en otros idiomas y un índice crítico general, una detallada bibliografía activa que incluye el detalle de los contenidos de los libros —y, cuando ya creemos, abrumados, que no se puede más, un apéndice con las anotaciones de un diario de Lezama de los años 56 al 58, en el que Iván corrige una edición anterior. ¡Háblenme del *dolce far niente*, frase italiana, de la insuperable pasividad criolla!

La *Antología* reúne por primera vez la poesía y la prosa de Lezama en paridad de fuerzas, cincuenta poemas y cincuenta prosas en

un pulso distinto, pues el compilador ha querido apartarse del habitual criterio que privilegia en el autor los textos más complejos y audaces, las elaboraciones más intrincadas, el desborde barroco de prosa y verso que le caracterizan absolutamente. No, Iván González Cruz se decide a subrayar «la poética de lo sencillo» en este polifónico generador de sorpresas. En efecto, cuando una vez enfrentara la *Antología de la Poesía Cubana* conformada por Lezama me lancé de inmediato a ver su selección de Martí, esperando encontrar una agrupación casi exclusiva de los *Versos libres*, que se me antojaba lo más cercano a la sensibilidad del antologador. Mi sobresalto fue doble: había escogido los *Versos sencillos*, y no algunos versos o muchos poemas del libro, sino, asombrosamente, *el libro entero*. La soltura popular del octosílabo de Lezama, me di cuenta entonces, viene de ese texto de Martí. Lezama es un autor decididamente complejo —no complicado, como algunos creen, cosa que odiaba— y también un poeta de la sencillez, incluso de la claridad y la transparencia, aunque todos esos dones no sean ostensibles sino, a mi juicio, cuando se ha enfrentado su fundamental complejidad. En el afán de hacer patente esta sencillez difícil, González Cruz ha armonizado cien textos dulces, a ratos simpáticos, graciosos de inteligencia y de sensibilidad, que, editados en un letra de punto generoso y sobre papel albo, nos seducen con un Lezama como de cámara, en el que escuchamos decididamente «la textura del aliento de sus palabras» como una obra de humanidad, de excelsa y atrevida sencillez. No se trata del Lezama de los chistes hilarantes ni las entrevistas y cartas juguetonas —a veces implacables, ciertamente, en el ejercicio del humor—, sino una calidad de entrega intelectual y humana que este autor posesivo y reservado también tuvo en mucho mayor grado de lo que suponemos y que esta compilación sabia revela por acumulación. Ni siquiera están todos los textos de esta línea, hay que decirlo; es seguro que no todos los textos incluidos son necesariamente los más ilustrativos de la poética de lo sencillo en Lezama, ni esa parece ser la voluntad del

antologador; tampoco hay que olvidar que lo que es sencillo en él puede ser extrema complejidad en un autor de menos vuelo o de otra línea expresiva. Al optar por este interesante criterio de compilación, González Cruz subraya una zona de la creación lezamiana que está justamente por demarcar, definir —pero «definir es cenizar»—, conocer. La antología es así un acto naciente lezamiano, ante todo porque nos permite conjugar el verbo que aquel genio cubano hubiera preferido como colmo de sabiduría: nos deja gozar esa sencillez. Y rinde además un servicio de divulgación e iniciación, pues, por una vía distinta a la del *Diccionario*, nos seduce y nos invita a más, a más placer lector, a más conocimiento por la teoría y por la imagen.

Siete volúmenes lezamianos salvados, editados, anotados y comentados por Iván González Cruz constituyen el orgullo de mi biblioteca. Si pensamos en las terribles circunstancias en que este esfuerzo se ha llevado a cabo, primero en Cuba y luego en España, y en el hecho de que este estudioso ha probado ser igualmente un creador, es claro que presenciamos no sólo una hazaña intelectual, sino un suceso que pertenece al orden de la más alta ética. Por eso mismo, se inscribe en el más prestigioso linaje cubano, en el que lo intelectual y lo moral exigentemente coinciden. Una obra de tanto amor y de tan perfilada competencia y arquitectura es ya el resultado patrio de una ausencia fecunda. Ahora este infatigable personaje se nos anuncia nada menos que como director y guionista de un documental sobre Lezama, *La cultura como resistencia*. Está claro que él mismo sigue exitosamente resistiendo y, lo que es más importante todavía, haciéndonos resistentes. «Creíamos que cada forma alcanzada artísticamente tenía que lograr, por una nobleza más evidente, una claridad para el estado...» —dice el Lezama de la *Antología*. Ojalá la nobleza del esfuerzo cubano de Iván González Cruz sea la profecía de un orden, una intensidad, una sabiduría que podemos colectivamente alcanzar. No nos alcanza el corazón para deseárselo éxito en tan poderoso empeño. ■

Nueva contribución al debate de la gobernabilidad en el Caribe

ALBERTO F. ÁLVAREZ GARCÍA

Haroldo Dilla

Los recursos de la gobernabilidad en la cuenca del Caribe

Nueva Sociedad, Caracas, 2002, 300 pp.

CON AGRADO RECIBIMOS LA RECIENTE aparición de este nuevo libro de Haroldo Dilla; el tema escogido, la dimensión del texto y la labor desempeñada por el selecto grupo de autores que lo integran, nos sitúan, ante una obra fundamental para el estudio de la problemática de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe. Al tema de la gobernabilidad Haroldo Dilla ya le había aportado en el 2001 otra importante obra *Mercados globales y gobernabilidad local*.

Estos dos últimos libros publicados por Haroldo Dilla luego de haberse radicado en República Dominicana, donde es el Coordinador General de Investigaciones del Programa FLACSO, le han permitido desarrollar todas sus energías creadoras alejado de los controles, presiones y censuras que debió enfrentar en Cuba por defender con valentía sus puntos de vistas académicos y políticos, lo que viene a demostrar una vez más, si fuera necesario, que las ciencias sociales necesitan un clima de libertad y tolerancia para cumplir su rol como instrumento esencial de interpretación de una sociedad.

Este libro recoge, además de los dos ensayos centrales escritos por Dilla, el trabajo de otros 18 importantes autores latinoamericanos, ellos son: Carlos Sojo, Jorge Rodríguez Berruff, Luis Suárez Salazar, Guarocuya Félix, Carlos García Pleyán, Sobeida de Jesús Cedano, José Javier Colón Morera, José Rivera Santana, Graciela Morales Pacheco, Tahira Vargas, Blanca Ortiz-Torres, Viviana Patroni, Cary Héctor, César Pérez, José Luis León, Pedro Santana Rodríguez,

Raquel Gamus y Hernán Yánes Quintero, así como una sugestiva presentación realizada por Rubén Silié, director de FLACSO en República Dominicana. La obra recoge el trabajo de varios años que esa institución ha dedicado al estudio de la gobernabilidad en el Caribe. La duda y la crítica fueron dos de las principales divisas metodológicas que animaron a esta publicación, la que no se planteó elaborar respuestas seguras sobre los asuntos tratados, sino más que todo, incentivar un debate crítico a partir de ciertas ideas polémicas de esas realidades.

El libro está estructurado en tres partes principales: la primera incluye el debate sobre el concepto de la gobernabilidad a través de un enfoque multidisciplinario y pluralista del asunto; la segunda parte, por un lado recoge tres ensayos dedicados a Cuba, República Dominicana y Haití, y por otro, los dedicados a México, Colombia, Venezuela y la Cuenca del Caribe en general. La tercera parte se ocupa de los movimientos sociales en el área y recopila los trabajos de una red de investigación reciente sobre ellos, donde se argumenta de forma muy original la relación de los movimientos sociales con los esquemas de gobernabilidad existentes, y se discute acerca de la real potencialidad alternativa de ellos en los actuales marcos políticos y sociales.

Dado lo difícil que resulta reseñar de forma abreviada una obra de tan amplia dimensión, sólo deseo tratar de presentar algunas ideas que motiven la lectura y reflexión de la misma. La parte I *Sobre el debate de la gobernabilidad*, estructurada en torno al debate que los otros autores hacen sobre un ensayo central escrito por Haroldo Dilla *Los recursos de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe ¿hay alternativas?*, gira en torno a los conceptos claves de este trabajo: algunas definiciones operativas sobre la gobernabilidad; la vulnerabilidad económica de la región frente a los ajustes de la economía mundial; los problemas del modelo neoliberal y la cuestión de la recuperación económica regional; el empeoramiento y la exclusión generada por los programas de restructuración; la recomposición social, la migración, y la consecuente transformación

de la geografía del poder, que ha impactado las formas de hacer política en la Cuenca del Caribe, a sus sistemas políticos, de partidos y de representación.

Partiendo de la definición de Haroldo Dilla sobre la gobernabilidad, entendida como aquella situación dinámica en que los sectores que ejercen el poder en un sistema político logran que la sociedad y sus grupos componentes actúen, en lo fundamental, de acuerdo con las normas y procedimientos formalmente consagrados (p.15), se nos aporta un debate de sumo interés que involucra a varios autores con respecto a los cambios sufridos en la región en los modos de hacer política, la afeción deslegitimadora de los partidos sufrida en los años más recientes, las transformaciones en las relaciones entre el Estado, los partidos políticos y la sociedad civil, además de la tendencia a la aparición de gobiernos de carácter neopopulistas motivados, entre otras razones, por el desencanto sufrido por la población con respecto a las fuerzas políticas tradicionales.

Lamento que en este análisis de la dimensión política caribeña, Dilla, con sus sólidos conocimientos sobre Cuba, se haya extendido en la explicación de la situación de otros países del área, y no se detuviera a profundizar en el sistema de partido único cubano, al que hace solamente referencia (p.27). Me parece que él pudo aportar una más amplia reflexión sobre el funcionamiento de nuestro sistema político, aprovechando una visión comparativa con los otros casos que expone, si tenemos en cuenta que Cuba es la mayor de las islas caribeñas y constituye políticamente una anomalía regional.

Otro problema debatido en la obra, es la cuestión de cómo puede la sociedad civil cubrir los déficits de los partidos y las políticas tradicionales en su función de mediación y representación, y el aporte específico que los movimientos sociales han brindado al incorporar nuevos temas a la agenda política regional, entre estos, el ambientalismo, los géneros, la diversidad étnico-cultural y las nuevas formas de participación directa de la población en el control de sus vidas cotidianas.

El primer ensayo de Haroldo Dilla llega a la conclusión, luego de brindar un minucioso

análisis, de que si dejamos a un lado las cuestiones de tono y retórica, las agencias financieras internacionales en sus programas de ajustes «mantienen en pie los puntos duros de la agenda neoliberal: un Estado mínimo habilitador del mercado y despojado del compromiso universal con los derechos sociales y económicos de la población» (p.31). Sin embargo, pienso que aunque se pueda o no compartir ese criterio, la manera a que se arribó a él fue demasiado parcializada, y debió dedicar un mayor espacio a los argumentos que sostienen los defensores de la lógica neoliberal que se rebate. Este método de investigación que indicamos, donde se confrontan argumentos opuestos, podría haber brindado un mayor equilibrio y objetividad al análisis y tal vez, ayudar a penetrar en otras problemáticas dentro de la diversidad caribeña de formas de gobernabilidad y de aplicación de los programas neoliberales.

Percibo tanto en el trabajo de Dilla, como en otros del texto, una forma algo rígida de abordar el asunto, al darse una visión demasiado monocroma de los programas neoliberales y de sus aplicaciones, y al unísono, se puso demasiado énfasis en el impacto que el nuevo esquema mundial de poder político y económico global produce sobre el Caribe en detrimento de un análisis más profundo de la lógica de reproducción de la gobernabilidad interna en su multiplicidad de casos. Únicamente deseo señalar en este tópico que numerosos estudios recientes a nivel mundial y sobre algunos países latinoamericanos en específico, no escritos precisamente por autores neoliberales, como el efectuado por Carmelo Mesa-Lago con el título *Buscando un modelo económico en América Latina. ¿Mercado, Socialista o mixto? Chile, Cuba y Costa Rica*, ponen en duda muchos de los argumentos del libro reseñado, al encontrar una diversidad más compleja de interacciones del programa neoliberal global sobre las regiones y países concretos.

Esos estudios del tipo de los de Mesa-Lago, Ricardo French-Davis, Barbara Stallings y otros, nos descubren una relación múltiple entre la aplicación de modelos neoliberales y las condiciones histórico-estructurales internas de la región, los factores externos y la

cuestión del crecimiento de la pobreza. Chile es un caso controversial en ese sentido, si observamos que, después de varios años de aplicación del programa neoliberal durante la dictadura y en la democracia, con sus altibajos y matices, ha tenido una considerable expansión de su capacidad productiva, y parejamente, alcanzó progresos considerables en el combate a la pobreza, la que para algunas fuentes se redujo del 42 por ciento al 22 por ciento de la población en los últimos ocho años.

No debemos olvidar que muchas de las construcciones ideológicas que se enfilan contra el neoliberalismo, rango al que no pertenece el libro editado por Dilla dado su rigor académico, culpan al neoliberalismo de cuanto fenómeno negativo ocurre en la economía y la política mundial y latinoamericana, entre otras cosas, para hacernos olvidar los graves errores y dificultades que vinieron de la mano de los modelos precedentes (estructuralista-keynesiano, el populismo y el estatismo marxista). Hay que recordar que estamos hablando del modelo económico y de sociedad que se ha impuesto de modo incuestionable a nivel mundial sobre los otros modelos disponibles, los cuales se encuentran, sin excepción, en una verdadera crisis propositiva para enfrentar los problemas que padecen las sociedades contemporáneas.

Mi hipótesis fundamental en la evaluación de los modelos económicos y sociales conocidos, es que no debemos descartar fácilmente o criticar a ultranza los modelos anteriores y/o rivales, sin valorar lo que pueda existir en ellos de válido y perdurable. También a la hora de elaborar las nuevas propuestas alternativas de desarrollo se deberá poner el énfasis en los planteos heterodoxos para llegar a una síntesis de lo más avanzado de la experiencia humana, y ello tendrá que alcanzarse a través de ese vínculo entre lo viejo y lo nuevo que desde Hegel y Marx conocemos como negación dialéctica.

Buscando una posición más flexible, se ubica el trabajo de Carlos Sojo, con muchos componentes críticos con relación al de Dilla, al aludir que «los debates del seminario de República Dominicana permiten el avance de

muchos elementos de la discusión sobre la gobernabilidad y a que, desde circunstancias políticas e históricas diversas se entiende y se quiere entender por ese término... Los últimos debates sobre la distribución de recursos establecen la necesidad de reconocer la capacidad distributiva que se localiza, no solamente en la competencia del estatismo o del mercantilismo extremos, sino más bien, en el reconocimiento de las capacidades localizadas en los planos comunitarios... Buena parte del análisis de Dilla está dedicado a señalar los efectos que las medidas de reforma económica tienen sobre las posibilidades de integración social. Es evidente que tales posibilidades se reducen en un entorno hostil a la intervención pública, especialmente ante transformaciones económicas que generan ciclos de empobrecimiento severo y de enriquecimiento elitista. Sin embargo, son notorias las significativas distancias que existen entre los distintos países en relación con el marco regulatorio para el funcionamiento de los mercados y con el rol del Estado en la creación de condiciones para la producción y oportunidades de bienestar...» (pp 43-45).

Por razón de espacio, de los numerosos temas del libro que nos restan por tratar, como son: la perspectiva geopolítica de la gobernabilidad; el nuevo orden panamericano y la gobernabilidad democrática en el Caribe; vulnerabilidad económica, exposición al riesgo y gobernabilidad; son gobernables nuestras ciudades, etc, voy a dedicar la última parte de mi comentario a debatir algunas cuestiones del segundo ensayo de Haroldo Dilla *Los escenarios de la gobernabilidad* que abre la parte III del texto dirigida a los casos nacionales, y a referirme a los trabajos de los otros tres autores cubanos que forman parte de la obra (Luis Suárez Salazar, Graciela Morales Pacheco y Hernán Yanes Quintero).

En los trabajos de los cuatro autores cubanos mencionados, advierto una carencia común, que es la ausencia de referencia a los estudios cubanos realizados en el exterior y a los proyectos de la oposición cubana, tanto para los asuntos de la gobernabilidad interna o para aquellos de la política

internacional y en particular, la cuestión de las relaciones Cuba-EE UU. El tema de la gobernabilidad en Cuba a estas alturas del proceso, ya no puede eludir, junto al estudio de los mecanismos de poder del régimen cubano y su sociedad civil legal, tener en cuenta la otra parte del espectro político, es decir, el papel de la sociedad civil no legalizada (opositora) interna en la Isla y la del exilio.

Esta es una carencia significativa en el ensayo de Dilla «acerca de los escenarios de la gobernabilidad en Cuba», que al discurrir sobre el impacto producido por los reajustes de la economía y la sociedad del país, no presta la suficiente atención a la influencia de estos cambios en la emergencia de alternativas opositoras con diseños opuestos al unipartidismo y al estatismo gubernamental. Estas alternativas establecen una dinámica diferente en la relación gobernantes-gobernados al menos para un sector de la sociedad. En este ámbito de los reajustes recientes en Cuba, quiero agregar que sólo en el aspecto económico las remesas de divisas enviadas por los cubanos en el exterior (calculadas entre 800 y 1000 millones de dólares al año) representan un importante monto neto de divisas que entran al país, cifra no superada por ningún otro sector de la economía nacional. Ello es lógico suponer debe estar influyendo de alguna forma en los mecanismos de la gobernabilidad y en los componentes de la integración social en la Isla.

La misma limitación atribuyo al trabajo *Futuro y realidad de los movimientos sociales en Cuba* de Graciela Morales Pacheco, que al estudiar la emergencia de diferentes movimientos comunitarios en Cuba, ignora toda referencia a aquellos que tienen una perspectiva opositora, o simplemente no le es permitida su legalización por parte del gobierno, y se apresura a apuntar que, de los movimientos estudiados por ella, «ninguno puede definirse como antisistémico, ni siquiera como contestatario frente al estado» (p.113). Esta claro que cada investigador tiene entera libertad para escoger su problemática de investigación y el modo de cómo tratarla, pero ello a menudo se convierte en un recurso para pasar por alto aspectos destacados de nuestra realidad nacional, lo que

ayuda a su distorsión y la comprensión incompleta de ella.

De todas formas, los movimientos sectoriales como los de bibliotecarios, cooperativas de productores agrícolas, las farmacias, los consultorios médicos de la familia, los sindicatos, los movimientos de defensa a los derechos de la mujer, y otros independientes del Estado, son una realidad de la comunidad en la nación que esperan por ser valorados a nivel académico por nuestros científicos sociales. Ese hecho asume mayor trascendencia si coincidimos en que hasta los propios movimientos comunitarios denominados por Graciela Morales como «no antistatéxico ni contestatarios», han surgido, al igual que los ilegales, a consecuencia directa del deterioro de las condiciones de vida de la población, la inconformidad producida por la crisis nacional y bajo «el persistente temor a ser restringido por las autoridades locales» (p.115), lo que en otra lectura de la idea significa temor a ser reprimidos.

Sin pretender restar importancia a los movimientos comunitarios estudiados por la autora, el problema fundamental estriba en que los espacios de la participación local tienen siempre muy cerca su tope, cuando una sociedad, como en nuestro país, está estructurada de manera no democrática y donde el Estado intenta controlar cualquier iniciativa comunitaria promovida con autonomía desde la sociedad civil, factor este último que impulsa el origen de la disensión contra el régimen, y es una de las causas principales del fracaso de las acciones emprendidas por la comunidad.

En el trabajo de Luis Suárez Salazar *Nuevo orden panamericano y gobernabilidad democrática en el Gran Caribe*, observo algo similar al hacer una profunda reflexión de los cambios en el orden político regional en medio de la globalización, de las relaciones interamericanas, de la cuestión del «Espiral población, pobreza y medio ambiente (PPA)», y de la política norteamericana en el área, al tiempo que le da la espalda al análisis de esos temas en el caso Cuba. El trabajo de Yanes Quintero *La sociedad civil transnacional en el debate sobre integración y gobernabilidad democrática regional en el Caribe* no se queda

atrás en cuanto a obviar el lado cubano del problema en su objeto de investigación.

Pienso, sinceramente, que los académicos cubanos deberíamos aprovechar al máximo la maravillosa oportunidad de poder participar en estos estudios regionales como el promovido por Dilla desde la FLACSO de República Dominicana, para dar a conocer, en la medida de nuestras posibilidades, las dificultades y complejidades de la sociedad cubana, sin exclusiones temáticas, e ir incorporando al debate latinoamericano aquellos temas del país que han sido vedados tradicionalmente para su estudio por los mecanismos de control autocrático que el régimen ha impuesto a las ciencias sociales y al pensamiento intelectual de la nación. Es imprescindible estudiar estos temas, para poder entender de manera integral nuestra sociedad y sus relaciones con el mundo que habitamos. ■

El camino de toda carne

ANTONIO JOSÉ PONTE

Juan Abreu
Gimnasio. Emanaciones de una rutina
Poliedro
Barcelona, 2002, 137 pp.

«**E**NTRO. HACE CASI UN AÑO QUE VENGO al gimnasio. Casi todos los días. Llego, introduzco la tarjeta en la ranura que activa el torniquete. Muchas veces no tengo ganas. Pero me obligo a hacerlo. Otra ceremonia. Liturgia de advenimiento de un mundo más físico. Un mundo donde soy más cuerpo. Fosa coronóidea. Espina ciática. Arteria femoral», comenta el narrador de este libro. Narrador al que podríamos tomar por Juan Abreu (*La Habana*, 1952) y que tiene por costumbre (por ceremonia, dice con Montaigne) visitar un gimnasio cada tarde en Barcelona.

«Ojos candorosos, cuerpo perentorio. Tetas de pera, puntas en forma de chupones. Chocho bocón, mucha carne expuesta (...)

Boca siempre semiabierta. Lengua gruesa. Culo poderosísimo»: los cuerpos de ese gimnasio son descritos con la misma puntuación expectante que utilizan los clasificados de contactos sexuales en los diarios. La Vikinga (así nombra el narrador a un cuerpo) no se deja ver en el solarium (tetarium, lo llama él) y el libro cuenta las rutinas del narrador hasta topársela, al final, medio desnuda. Hasta verle las tetas.

Gracias a un deslenguamiento que dista lo mismo del pudor que de la pornografía, des preocupado tanto de gustar como de disgustar, Juan Abreu ha escrito un libro de exactas descripciones corporales. Con frases despojadas de todo accesorio, pero no entecas sino ricas. Ocupadas lo mismo del florecimiento que de la podredumbre (tensiones ambas del esfuerzo gimnástico), igual del deseo que de la hipocondria. Pues si el narrador de *Gimnasio* es un voyeur, se trata de un voyeur que aguarda la inminente muerte de su padre.

El libro narra también la moribundia de un viejo. Llega desde Miami la noticia de que éste va a morir de un tumor cerebral, y las últimas páginas confirman esa muerte. *Gimnasio* marca el duelo por el padre del mismo modo en que *Habanera fue* (Muchnik Editores, 1998), escrito junto a sus hermanos Nicolás Abreu Felipe y José Abreu Felipe, marcó el duelo por la madre muerta.

«Te rejuvenezco para que levantes pesas, disfrutes tetas y culos conmigo en este gimnasio de pijos barceloneses aunque te estés muriendo en Miami», ofrece el narrador a su padre. Y, como lastre de este esfuerzo imaginativo, acarrea un recordatorio constante de la muerte, enumeraciones de paisajes fisiológicos que suenan como bajo obstinado (empecinado, podríamos decir) a lo largo de todo el libro. Hasta juntar explícitamente muerte y deseo sexual: «Cuando la muerte ronda a los míos se me pone tiesa».

Rodeado a diario de cuerpos trabajándose y rondado por la muerte de su padre, al narrador le corresponde una temporada de erecciones. E incluso a la salida del gimnasio la ciudad aparece a la luz de decrepitudes anatómicas, de aproximaciones a la muerte: «Balcones bolsas de ojos de ancianos. Paredes pellejos». La vida glandular y

arterial de Barcelona, lo subterráneo, es procurado por el ojo. De ahí algunas de las fotografías que acompañan al texto, fotos de excavaciones en las redes de agua, de conductos con indudable aspecto genital.

Todo monumento (como deduce el narrador a propósito de un obelisco) es homenaje al falo. La vulva parece quedar fuera de lo monumental, aunque por fortuna la arquitectura de Gaudí es un sostenido homenaje a la vulva. (Los balcones de la casa Batló encuentra justificación definitiva si imaginamos que han sido hechos para sostener culos de putas exponiéndose como mercancía.) El sexo aparece repentinamente en la escalera de un parqueo subterráneo, la decepción erótica en el encuentro con una conocida actriz de cine, en páginas hilarantes.

Alguna vez el narrador habla de un proyecto de libro (el ejercicio de la pintura lo ha abandonado luego de repensar a Beuys) compuesto por los monólogos de un cubano que termina por declararse ciudadano de un bar de Barcelona. Adelanto del bar de ese libro por venir es este gimnasio, espacio acogedor que no llega a país adoptivo. Pues a propósito de quienes salieran de Cuba se dice: «Muy pocos nómadas entre los evadidos: la mayoría buscaba un nuevo corral-nación».

También al narrador de este libro le tocó salir por el puerto del Mariel: «Así gané la dicha de los que no tienen Nación». Desasido profesional, se autotitula. «Un escritor como yo», afirma, «conquista su condición de nómada tras un largo período de imbecilidad bucólica, de cobardes aspiraciones, de frecuentes renunciadas y de innumerables ceremonias domésticas (ha tenido la fortuna de que un dictador asole su lugar de nacimiento y lo eche a patadas); esto determina que convierta la página en blanco en Patria, en País, en Hogar permanente. Es decir, en No-Hogar, en horizonte siempre promisorio.»

Gimnasio sería ya un excelente libro de contar solamente el camino de los cuerpos hacia la perfección y hacia el envejecimiento y la muerte. Pero lo que lo hace aún más recomendable es la rabia. Rabia más desesperanzada que la de un Reynaldo Arenas, por ejemplo. (Acerca de la voluntad testamentaria dejada por Arenas de que disper-

sen sus cenizas en aguas cubanas, escribe Abreu: «Esperan dentro de algún closet, en New York, las cenizas de Reynaldo. (...) Aguardan a que 'Cuba sea libre'. Cosa que no sucederá nunca porque la isla está llena de cubanos. Dejó por escrito su deseo. De la imagen de sus cenizas emana sabiduría aunque no son las cenizas de un sabio. ¿Por qué aquel mar? Por la mierda de la nostalgia, supongo. Rey nunca pudo deshacerse de eso. Tampoco de la estafa del 'sitio en que crecimos' y el 'árbol de la infancia'. Pura mierda. Chantaje nostálgico, mierda y más mierda. Oblación ante el altar de la Patriacorral.»)

Con tal causticidad, Juan Abreu brinda un matiz extremadamente raro, escaso (y por tanto precioso) en literatura como la cubana. Una literatura que accede a pensar muy pocas veces la posibilidad de que los horrores del mundo moral logren metástasis dentro de las bellezas del físico mundo (para plantearlo en los términos de la ecuación herediana). Literatura empeñada en remendar idilios del mismo modo en que se remiendan virgos.

Próximo en temperamento a los ataques contra Austria (y en especial contra Salzburgo) de un Thomas Bernhard, cercano en descreimiento al cubano Lorenzo García Vega, Juan Abreu ha imaginado en otro de sus libros —*Garbageland* (Mondadori, 2001)— un destino para la Isla: basurero mundial. ■

Arqueros: flechas, fervor, furia

MANUEL GARCÍA VERDECIA

Efraín Rodríguez Santana
Arqueros
Ed. Unión. La Habana, 2000, 93 pp.

EL ARQUERO NO ES SÓLO UN HOMBRE DETRÁS del arco, alguien que tensa la cuerda e impulsa la flecha. El arquero quiere acertar la diana de su obsesión. En ese acto, él no

sólo busca un propósito sino que le fija un destino a la flecha; marca su vuelo; lo fuerza y determina. La flecha suele ganar conciencia de su fatalidad y decide ejercer su derecho al desvío, a enrumbarse en su aire, incluso a tornarse bumerán.

Efraín Rodríguez Santana, es persona sensible y alerta, que conoce con hondura las relaciones entre el arquero, la flecha y el azar. Pero además, él es un poeta en su modo más encarnizadamente útil y salvador, ese que vela por la salvación de la limpia fibra humana. El poeta aquí no es un guitarrero acompañante que suena su instrumento para que otros pongan palabras más o menos bonitas. Tampoco es versificar rítmico que acarrea las noticias oficiales por los rincones del reino, gracioso y despreocupado. El poeta aquí es un trompetillero, una piedra en el zapato, urticante leche de guao, un ruido crispante para los adocnados e indiferentes.

La poesía, bien lo sabe Efraín, es una metabolización de las emociones que experimentamos en el vivir diario; metabolización que hacemos visible al mundo mediante la palabra. La mejor palabra es aquella que logra despertar una experiencia emotiva de igual intensidad. El poeta ingiere golpes, fuego, ruido, vidrio molido, lágrimas, sangre, los digiere y devuelve hechos palabras, sentido que nos levanta y aviva. Es lo que hace Efraín: golpear nos el rostro para que salgamos de la impavidez, del ensimismamiento, de la histeria.

El libro reúne dos temas esenciales del ser contemporáneo: el debate y el erotismo. El poeta debate con su tiempo y su entorno, con un sino predeterminado y no elegido, con una actitud de sus semejantes enajenada y abúlica. El mundo que le tocó no es de pétalos de rosa; la vida es ardua e imperfecta, pero eso no es excusa para la aceptación y el desentendimiento. Sabe que se puede hacer algo para humanizar el espacio y humanizarnos y por eso nos incita. El intelectual, nos dice Rapoport, es un especialista en debate, alguien que quiere convencernos de un punto de vista. El poeta asume su responsabilidad y, aquí, usa sus mejores dardos para activar los *chakras* de nuestra energía reactiva.

En el reverso de ese entorno desconsolado y aterrador está el encuentro de los cuerpos. Tal parece que va siendo este espacio mínimo e íntimo el que le va quedando a los seres humanos para ejercer el diálogo, la igualdad, la verdad. Asustados del mundo desesperanzado y cruel los seres se refugian en sí mismos, en el encuentro de sus cuerpos como territorios para la creación de sus sueños, para practicar la más auténtica libertad. El territorio que forman dos cuerpos machihembrados deviene la verdadera patria del ser humano.

Los dos temas que laten en *Arqueros* están uncidos por una energía común, el fervor. Tanto en el modo con que se analiza y critica el medio exasperante y los seres inoperantes y cómplices que conviven con el poeta, como en la manera de concebir y ejecutar el diálogo erótico, el autor está movido por una urgencia, una vehemencia, un vigor, encrespados. Es este fervor el que auspicia las palabras, las endurece y hace eficaces como disparos o erecciones.

Más que el ritmo o las bellezas del lenguaje la eficacia de estos poemas radica en la fuerza de sus imágenes. Cada poema es una especie de aguafuerte goyesco, de altos y dramáticos contrastes. Palabras ríspidas como vidrios partidos, versos desbastadores como golpes de ácido. El libro está escrito con una gramática de la furia. Furia con que se acomete la tarea de avivar y adecentar el entorno.

Arqueros es libro hermoso en su verdad descarnada; útil en su furioso amor contra/por su tiempo. Libro de resistencia, de morir diciendo aún no a lo que nos deshumaniza. Libro que en un mundo acosado por tantos depredadores del hombre clama por la justicia, clara y limpia como una espada de luz. Sus textos enarbolan la poesía como un revulsivo contra tanta calamidad y tanto fingimiento; como un llamado de las campanas que doblan por nosotros mismos; como un debate de la razón y la sensibilidad en oposición a la sinrazón y la indiferencia. Y si bien el poeta se pregunta de la poesía «crees que pueda, en el salto cielo arriba, crees que pueda con tanta impostura en este circo armado a la carrera», el propio libro es la respuesta más ineludible. ■

Descubriendo al descubridor, un contrapunteo sin fin

ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER

Octavio di Leo
El descubrimiento de África en Cuba y Brasil, 1889-1969
Editorial Colibrí
Madrid, 2001, 161 pp.

Enrico Mario Santí
Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación
Editorial Colibrí,
Madrid, 2002, 299 + [xvii] pp.

Fernando Ortiz
Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar
Edición de Enrico Mario Santí
Editorial Cátedra
Madrid, 2002, 805 pp.

«EL TERCER DESCUBRIDOR DE CUBA» ES uno de los más conocidos elogios que recibió Fernando Ortiz, y, más allá de esta expresión que trata de referirse al monumental legado de tan inagotable pasión exploradora de las «esencias» cubanas, quizás convenga no olvidar las advertencias hermenéuticas que señalan la relación dialéctica de todo aquello que se considera *descubrimiento* con lo previamente oculto.

Después de la muerte de Fernando Ortiz en 1969, el conocimiento de su obra en Latinoamérica tuvo dos claves destacadas: la edición en la Biblioteca Ayacucho del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1978), y la resonancia del estudio de Ángel Rama *Transculturación narrativa en América Latina* (1982). En España, sin embargo, el proceso no fue ni mucho menos tan afortunado, aunque, por fin, en los últimos tiempos ya contamos con una atención editorial que hace tan sólo siete años era impensable. Miel sobre hojuelas, si se considera que la previa indiferencia con respecto a la obra de



K. Lynn Stoner

De la casa a la calle

El movimiento cubano de la mujer
en favor de la reforma legal
(1898-1940)



El movimiento cubano de la mujer (1902-1940) es uno de los fenómenos más ignorados de la historia moderna de Cuba... El hecho de que el movimiento haya caído en el olvido se debe en parte al drama y la división surgidos a partir de la Revolución de 1959, que restó importancia a los esfuerzos anteriores, más moderados, de un pequeño grupo de mujeres... se formaron las organizaciones feministas... que contribuyeron a que ya antes de 1940 se aprobara un conjunto de leyes que, en cuanto a las medidas que afectaban a las mujeres, era uno de los más progresistas del mundo.

Haga su pedido a

Editorial Colibrí
Apartado Postal 50897 • Madrid, España
Telf. / fax: 91 560 49 11
e-mail: info@editorialcolibri.com
www.editorialcolibri.com

Títulos publicados

Rafael Rojas

El arte de la espera

Rafael Fermoselle

Política y color en Cuba
La guerrita de 1912

Marifeli Pérez-Stable

La revolución cubana

Roberto González Echevarría

La prole de Celestina

Julián Orbón

En la esencia de los estilos

José M. Hernández

Política y militarismo en la
independencia de Cuba
(1868-1933)

Gustavo Pérez Firmat

Vidas en vilo

Rafael Rojas

José Martí: la invención de Cuba

Marta Bizcarrondo

Antonio Elorza

Cuba / España. El dilema
autonomista (1878-1898)

Octavio di Leo

El descubrimiento de África
en Cuba y Brasil (1889-1969)

Alejandro de la Fuente

Una nación para todos

Robin D. Moore

Música y mestizaje

Enrico Mario Santí

Fernando Ortiz:
contrapunteo y transculturación

K. Lynn Stoner

De la casa a la calle

De próxima aparición

Roberto González Echevarría

Gloria de Cuba

Ortiz suponía una ironía doblemente amarga teniendo en cuenta la estrecha vinculación del erudito cubano con España: su ascendencia paterna, sus años infantiles y adolescentes en Menorca (en donde cursa la enseñanza primaria y el bachillerato, antes de la vuelta a Cuba cumplidos ya los catorce años); su formación en Barcelona y Madrid (1899-1902), su relación —rica en sabrosas disonancias— con Unamuno y otros destacados intelectuales españoles... Así, la tempranísima primera publicación de Ortiz, en 'menorquín', apareció en 1895: *Principi y prostes*. Otros títulos suyos publicados en España fueron: su *Memoria* (1901) de grado académico; *Hampa cubana. Los negros brujos (apuntes para un estudio de etnología criminal), con una carta prólogo del Dr. C. Lombroso* (1906; 2ª ed., h. 1917); *Para la agonografía española* (1908); *La identificación dactiloscópica* (2ª. ed., 1916; la primera había aparecido en La Habana en 1913); *La filosofía penal de los espiritistas* (la 2ª. ed., 1924; 1ª ed., La Habana, 1915). Pero, desde los años 20 hasta la década de los 70 (en la que aparecieron dos títulos suyos, por lo demás deficientemente editados), ya no contamos con ningún libro de Ortiz en España hasta que la situación empezó a cambiar con la reedición —reproducción de la edición de 1952— de *Los instrumentos de la música afrocubana* (Madrid, Música Mundana, 1996); vinieron después las reediciones menorquinas de las primeras obras de Ortiz, o la antología *La isla infinita de Fernando Ortiz* (Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1998), y en 1999 apareció el *Contrapunteo*, en edición al cuidado de la propia hija del autor, María Fernanda Ortiz Herrera (Madrid, EditoCubaEspaña, 1999).

La editorial Colibrí publica ahora dos estudios gracias a los cuales el «polígrafo» cubano acaba de recobrar en España un ritmo editorial cuyo reconocimiento se había demorado tanto, y nada tiene de extraño que sea precisamente esta empresa la que se haya situado a la cabeza de tan significativa recuperación, pues *Colibrí* viene realizando, desde Madrid, una meritoria labor de publicación del mejor ensayismo cubano. Agradecemos, pues, su oportunidad a tan voluntarioso colibrí («sunsún» era, por cierto, la rumbosa or-

tografía cubana que, como corrección de «zumzúm», nos proponía el propio Ortiz en su *Glosario de afronegrismos*, al comentar la onomástica de este pájaro mosca, símbolo del alma reencarnada para los aztecas).

En primer lugar, tenemos el estudio de Octavio di Leo que, tanto por su metodología como por el sugerente juego con los interesantes datos que maneja, nos depara todo un ejemplo de renovación conceptual. Basta, para comprobarlo, repasar los autores y textos esenciales que, tomando a Ortiz como fundamento propiciatorio, analiza Di Leo tan concienzudamente (Malinowski, Frobenius, Salillas, Nina Rodrigues, Freyre, Lydia Cabrera, entre otros), así como su voluntad de contrapuntear los afanes eruditos de «los acólitos de Gutenberg» con quienes comenzaron a bregar en Latinoamérica para que la escritura de la Historia volviese «a la boca de los informantes de Grimm». Tan sólo un fragmento que versa sobre el tema de «Jicotea», el galápagos mítico que encarna el personaje del pícaro de los apólogos tradicionales, puede servirnos como muestra elocuente del talante de este desarrollo conjunto de los afanes antropológicos y literarios:

La crítica iberoamericana se detuvo un tiempo en la genealogía de los cuentos de Jicotea, algo que reflejaba también el espinoso debate sobre la identidad nacional: si debían incluirse o no las tradiciones africanas en las literaturas en español y portugués, republicanas y europeístas. Pero la búsqueda de un origen no era ni más ni menos que la pregunta central de la filología. El propósito de este libro, sin embargo, ha sido contribuir a la definición de un espacio común (épico y poético) más allá de la pregunta por el origen. Pues si a la geografía de todos modos imaginaría de la diáspora africana añadimos el movimiento continuo del contrapunto, la noción de origen desaparece. Así, una misma historia, la de Ajapá / Jicotea / Jabuti, puede ser contada en una secuencia que abarca a tres regiones y a tres lenguas (p. 149).

La agudeza desplegada por Di Leo estudia procesos, interrelaciones y complejidades de las culturas y transculturas de Latinoamérica,

y ofrece, también, una suma de sugerencias cuyo desarrollo nos invita constantemente a la apertura crítica gozosamente inacabable.

Por su parte, Enrico Mario Santí publica la edición anotada del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* que, además de la introducción (reproducida con leves cambios en el libro del mismo autor editado por la editorial Colibrí), contiene, como apéndice al texto de la obra, una selección del epistolario entre Ortiz y Malinowski, más una carta de Herskovits, como material ilustrativo de la génesis y significación del *Contrapunteo*. En cuanto a la presentación del texto del *Contrapunteo*, puestos a proponer alguna sugerencia acerca de su tratamiento, también podría plantearse, en futuras tareas complementarias de lo ya publicado, una confección técnica de las referencias a interpolaciones de párrafos con respecto a su primera edición (1940), así como el registro de aquellos ejemplos de variantes que informan sobre el trabajo estilístico del autor al corregir el texto en ediciones posteriores. Citemos, como botón de muestra, tres cambios correspondientes todos ellos al capítulo VII («sagrado folklore [del pueblo hebreo]» pasará a ser «sagrado libro»; «el primer libro [que se escribe sobre el descubrimiento]» es sustituido por «lo primero» sin más; las «carabelas descubridoras» de la edición de 1940 se quedarán posteriormente en simples «carabelas») y, para no cansar, sólo un ejemplo del capítulo inicial del libro para ilustrarnos acerca del trabajo de corrección sobre el texto inicial: el fragmento «Con el tiempo la fuma, que empezó como una simple gratuidad acaso inevitable pero siempre estimuladora, llegó a tener valor económico cotizable» (ed. 1940, p. 120), lo reescribe Ortiz así: «Aun con este nuevo régimen, la *fuma*, considerada por algunos acá como una gratuidad inevitable, llegó a tener valor económico cotizable» (ed. Cátedra, p. 240). Pero, desde luego, dejemos claro que la sugerencia de tales pormenores para futuros trabajos acerca del texto del *Contrapunteo*, no trata, en modo alguno, de minimizar el valor de esta edición que, además, declara de entrada que no pretende ser una «edición crítica»,

honestamente advertencia muy de agradecer en una tradición editorial como la hispánica que, en beneficio de la simple rentabilidad comercial o académica, acostumbra a generalizar indiscriminadamente el marbete de «edición crítica».

El libro titulado *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación* incluye, aparte del mencionado estudio, la recopilación de diversos documentos y materiales que constituyen antecedentes de la redacción y publicación del *Contrapunteo*; estos capítulos, titulados al más puro estilo de Ortiz, «Capítulos adicionales», contienen siete textos del mismo: «Regulación de las ventas de azúcares al extranjero» (*Revista Bimestre Cubana*, 1917), «El poema de la zafra» (*Revista Bimestre Cubana*, 1927), «Sobre el carácter del Instituto Panamericano de Geografía e Historia» (1928), «Carta del destierro» (1933), dos capítulos —ilustraciones incluidas— del tomo XIX («Antillas») de la monumental enciclopedia *Geografía Universal* (1936), «Contraste económico del azúcar y el tabaco» (primer anticipo, publicado en la *Revista Bimestre Cubana* en 1936, del *Contrapunteo* que aparecerá cuatro años más tarde), y el breve «Prólogo» a la obra de José A. Perdomo titulada *Léxico tabacalero cubano* (1940). El libro se complementa en su sección final con los textos de las 35 cartas cruzadas entre Ortiz y Malinowski (más la carta de Melville J. Herskovits con sus enjundiosas observaciones sobre el concepto de «transculturación»), añadiéndose, incluso, un apéndice con los textos originales de las cartas en inglés.

Los tres libros, leídos contrapunt(e)ísticamente, nos introducen en terrenos significativos de la crítica actual, pues, sin ir más lejos, el debate sobre la «literaridad» o «literariedad» (¡Jakobson nos disculpe!) de la obra de Ortiz resulta uno de los aspectos más frecuentados de su recuperación. Gustavo Pérez Firmat (*The Cuban Condition: Translation and Identity in Modern Cuban Literature*, Cambridge University Press, 1989) o Antonio Benítez Rojo (*La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*, 1989; reedición revisada: Barcelona, Editorial Casiopea, 1998) sentaron las bases de la cuestión, y una obra tan significativa como *The Voice of*

the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature (University of Texas Press, 1985), de Roberto González Echevarría, nos obsequia en su reciente versión española (*La voz de los maestros. Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*, Madrid, Verbum, 2001) con un nuevo capítulo precisamente sobre «El Contrapunteo y la literatura». Pero, aun sin entrar en el debate acerca de si habría que adscribir la *literatura* orticiana a la «vanguardia» o a la «posmodernidad», la propia controversia sobre la adscripción «literaria» de nuestro autor constituye, por sí misma, un debate fecundo, cuyas implicaciones atañen a los propios fundamentos de la perspectiva crítica actual.

En definitiva, como nunca está de más predicar con el ejemplo, quizás deberíamos aplicar el propio modelo contrapuntístico a las sugerencias que estos tres libros puedan ofrecernos, teniendo en cuenta que, desde hace tiempo, la amplia bibliografía generada por las investigaciones de Ortiz constituye ya toda una biblioteca de incontables «controversias». Sin duda, en el debate sobre la adscripción literaria, tampoco podemos desdeñar el propio dato de que la edición del *Contrapunteo* aquí reseñada no deja de publicarse en una de las colecciones más consagradas a la labor de determinar —a partir de la producción editorial y con todos sus laberintos— uno de los cánones más influyentes en la ideación de las «Letras Hispánicas». En este sentido, la discusión sobre las «lecturas literarias» de la obra de Ortiz (Santí se muestra contrario a ellas, mientras que Di Leo parte de una irrenunciable voluntad de exploración de su radical heterogeneidad) no deja de invitarnos al contrapunteo de la controversia sin fin.

El debate sobre la «literariedad» o «cientificidad», del *Contrapunteo*, puede servirnos como testimonio de la atenta perseverancia en el proceso de descubrir al «descubridor», en la medida en que su propia tarea ingente ha generado una nueva serie de estimulantes encubrimientos en relación con la cual no dejan de producirse, interpretaciones y desvelamientos sucesivos. Los tres libros que comentamos no sólo deparan y estimulan

tal posibilidad, sino que nos recuerdan, una vez más, que, al cabo, todo descubrimiento certero no deja de confrontarnos con nosotros mismos. ■

¿En cuál monte busca amparo?

YOEL MESA FALCÓN

Félix Luis Viera
Un ciervo herido
Editorial Plaza Mayor
Colección Cultura Cubana
San Juan, 2002, 230 pp.

UN CIERVO HERIDO, la última novela del escritor cubano Félix Luis Viera, se dedica a explorar un asunto espinoso —tanto que los posibles testimoniantes lo han tocado muy poco—: el muy cubierto de espinas tema de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, uno de los más bellos eufemismos latinoamericanos del siglo xx, conocido más por UMAP, siglas de nauseabunda connotación. El fenómeno de la vida real tuvo lugar en Cuba entre 1965 y 1968. La novela que ¿se pasea sobre él como un espejo? acaba de ser publicada por el sello puertorriqueño Plaza Mayor. Según confiesa el autor, el germen de lo ahora escrito y publicado nació en aquel entonces y fue creciendo (¿pompa de jabón, cáncer?) a lo largo de los años que separan el hecho histórico de su trasvasamiento literario.

Hice una pregunta maliciosa, pero no vale la pena adentrarse en toda esa parafernalia teórica del realismo y otros aspectos. Es mejor preguntarse cuáles son las novelas virtuales que podrían haberse desprendido de aquellos hechos y compararlas con la novela real que tenemos en las manos. ¿Testimonio? Sí y no, en cuanto se trata de una novela y no de una autobiografía, aunque la invención nunca busca alterar la esencia de la

realidad vivida. ¿Denuncia? No y sí, en cuanto no es una obra rabiosa, politicona y *tequerá*; pero tampoco era posible hacer una novela «dariana» con semejante material: Viera no ha puesto cisnes deslizándose en los charcos de los campamentos camagüeyanos, por supuesto.

Entonces, ¿qué novela es? Pienso que es la novela del equilibrio, distante del panfleto, pero *fuerte*. Subrayo esta palabra porque en una ocasión le comenté al autor, cuando leía los originales, que en mi criterio uno de los mayores logros de esta obra como unidad, es esa fuerza soterrada que seguramente provenía de una rabia —ésta sí válida literariamente— sostenida, que estuvo allí en los recovecos de su ser por muchos años y que ahora afloraba en la letra. Nada tiene que ver con lo desvaído o lo superficial; es un flujo de palabras que golpea al lector porque nace de lo más auténticamente humano de un creador.

Y lo más auténticamente humano es el dolor de lo vivido. Pero aquí la experiencia individual no queda encerrada en las auras o cuerpos astrales de un ente aislado, sino que se trata de una vivencia colectiva, generacional y transgeneracional. Una experiencia que entronca, ineludible e ineluctablemente, con lo político.

El enfoque, el objetivo estético, el estilo y el lenguaje de *Un ciervo herido* provienen de ese carácter no panfletario, pero fuerte, de que hablábamos. Pero para conseguir ese equilibrio era preciso escoger el punto de vista adecuado. Un narrador-protagonista como trasunto del autor resultó ser la solución ideal. Creo difícil que un investigador, grabadora o lápiz en mano en pos de la reconstrucción de los hechos pueda habernos dado la novela de la UMAP (así, con artículo singular, era conocido aquello popularmente); sólo quien lo vivió lo pudo contar. Este narrador-protagonista es el recurso literario idóneo para asumir lo auténticamente humano, el dolor vivido, y darnos esta novela con rasgos testimoniales. Las limitaciones que plantea el empleo de la primera persona son resueltas mediante cartas y otros recursos.

Armandito Valdivieso es un joven que comete la imprudencia y la paradoja de querer

vivir *la dolce vita* en un medio de botas y saludos militares (las calles se parecen demasiado a lo cuarteles). Y ésta es la primera «denuncia no explícita»: ¿por qué se ha de perseguir a este pobre diablo (eso es, creo, el carácter del personaje principal, al menos en cierto aspecto) cuando hay por ahí, por el mundo, tanta gente de vida mucho más almibarada o acibarada?

La pregunta no tiene respuesta en el texto, y es bueno que no la tenga; se encadena a otras preguntas, otros *porqués* que van naciendo en la mente del lector a lo largo de las 230 páginas, hasta que la cerrar el libro ese POR QUÉ ha adquirido proporciones gigantescas y escalofriantes. He aquí el tremendo efecto estético de la obra, y está bien haberlo dicho ahora, aunque suene a final de reseña.

Elvispreslianos, jóvenes como el protagonista, feligreses de todas las confesiones y homosexuales, entre otros, fueron a dar a las barracas y los campos de trabajo forzado, tanto en la ficción de Félix Luis como en la realidad histórica. Eran los indeseables, los que la sociedad, pura en el extraño azogue que para sí había fabricado, quería expulsar de sí, como otros expulsaban judíos y comunistas. Se pretendía construir con el barro de ese rechazo a un hombre nuevo que todavía espera —y con demostrada paciencia— en las arcas de lo virtual. Fue uno de los momentos en que el modelo isleño de socialismo real se acercó más al estalinismo, junto a ciertos hechos de 1980, entre otros.

El humor emerge por momentos aquí y allá, creando un balance con la crudeza de lo narrado. Viera incide bastante en la cuestión sexual, nada extraño en una situación en que determinadas personas han sido confinadas por la única razón de su preferencia erótica. La novela se detiene bastante en los homosexuales, víctimas «especiales», porque pasa con ellos lo que con la discriminación racial: me odias por una piel que no puedo quitarme, por una elección sexual que no es tal, sino que nació conmigo.

La escena del tren posee un dinamismo extraordinario, es un pasaje memorable dentro del relato, porque muestra todo un mundo —es la «carta de presentación» de la novela

en cuanto a todo lo que tiene bajo la manga para contar— y lo hace con una fluidez y un «desenfreno» narrativo de primer orden.

El mundo de «fuera de la UMAP» también está descrito, puesto que en él nacieron campos y barracas, es decir, su posibilidad de existencia. En ese mundo hay un detalle, la cuestión del tacón rojo y roto de la novia de Armandito, que es un motivo literario que ilustra que el novelista trabaja con imágenes y no con discursos. El personaje de la madre del protagonista es inolvidable, y su voz es singularísima, todo un logro artístico. Una prosa clara e inteligente permite los logros enumerados. Es encomiable la pintura de la inocencia de los guajiros que de pronto se ven inmersos, sin saber por qué, en aquel mundo; ese candor no les permite comprender, y todo es azoro. Aspectos como éste ponen a pensar al lector en los vericuetos de la crueldad, qué hay en la motivación última —que puede ser inconsciente— y en la «motivaciones secundarias» de quien la ejerce.

El tema de la UMAP ha sido poco explorado por el arte y la literatura. El autor confiesa que muchas personas que pasaron por la experiencia rehuyen hablar del asunto. Quizás porque los humanos preferimos ahuyentar lo desagradable de la memoria, o por pudor, o tal vez porque algunos episodios parecen increíbles. Ese silencio involuntario ha hecho que uno se entere de ciertas cosas gracias a esta novela. Como el episodio —que parece imposible pero es totalmente testimonial— de los enterramientos, es decir, el castigo consistente en enterrar a la persona dejándole sólo la cabeza fuera, bajo un sol implacable. Como testimonio este pasaje es formidable, porque revela aspectos —cómo se puede sentir una persona en esa situación, las sensaciones físicas— y como literatura también, por la lucidez y maestría con que está tejido. Se trata de la misma tortura que hacía los turcos otomanos a los pobladores de las tierras que invadían, sólo que aquí no hubo caballo pisoteando las cabezas: bastó uno metafórico.

El epílogo o anexo no me gusta como final de la novela, me parece que sobra, que no constituye un verdadero broche a lo narrado.

Podría ser materia para otra novela, mostrar el otro lado de la moneda, qué pasó al cabo de los años con los que se dedicaron al dulce placer de joderle la vida al prójimo (ojalá la dinámica del existir fuera lo suficientemente vengativa y algunos de ellos, hoy hagan *lo indecible* por conseguir un dólar). Esa otra novela podría narrar el día a día y la parte humana de los represores, cómo se reflejaba en sus ojos todo aquello que por sus pupilas desfilaba; sus remordimientos, su mundo interior, las diferencias entre los que gozaban con los castigos y los que defendían a los castigados hasta donde les era posible; en fin, explorar literariamente el reverso de la novela presente.

¿Quién es ese ciervo herido que José Martí tomó para sus versos de la tradición literaria? ¿El personaje, el autor? Creo que el pueblo cubano, que todavía *busca en el monte amparo*. ■

Leer a José Martí

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

José Martí
Poesía completa
(Edición de Carlos Javier Morales)
Alianza Editorial
Madrid, 2001, 552 pp.

LA SIGNIFICACIÓN DE LA OBRA DE JOSÉ Martí ha ido creciendo después de su temprana muerte. Él lo dejó escrito en unos versos que adquieren carácter de impresionante vaticinio una vez cumplido: *Mi verso crecerá: bajo la yerba / Yo también creceré*.

Tras la edición de los dos únicos poemarios que publica en vida —*Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891)— todo el resto de la poesía martiana permanece inédita en la propia Cuba hasta la segunda década del pasado siglo xx, cuando Gonzalo de Quesada, su albacea literario, comienza a editar su profusa papelería. Como señala Carlos Ja-

vier Morales en su muy buena introducción a esta edición, *Ismaelillo* puede considerarse «como el libro fundador de la poesía hispánica contemporánea». Arribar a estas consideraciones ha implicado todo un proceso de maduración en la crítica y la investigación literarias hispánicas en torno a la comprensión de ese crucial momento de nuestras letras que es el modernismo. Durante varias décadas, el modernismo fue exclusivamente una tendencia poética esteticista hispanoamericana, centrada en la figura del nicaragüense Rubén Darío y que acusaba aquel «galicismo mental» que don Juan Valera le imputara al poeta de *Azul...* en una famosa carta, y que incorporaron a su juicio tantos críticos posteriores, incluso el maestro José Enrique Rodó. Los subsiguientes estudios de Federico de Onís, Manuel Pedro González e Ivan Schulmann, han ido develando el hecho de que el modernismo no es una tendencia sino una época de las literaturas en lengua española, y que ella incluye no sólo la poesía sino también la prosa. Pese a que una vez desaparecidos los otros iniciadores de esta esencial transformación de nuestras letras, el más joven de ellos asume toda la gloria del que había sido el empeño de una generación en la que figuran Martí, Silva, Gutiérrez Nájera y Julián del Casal, el propio Rubén Darío, en la extraordinaria crónica que publica en *La Nación*, de Buenos Aires, a raíz de la muerte en combate de Martí y que luego recogerá en su libro *Los raros*, apunta ya toda la importancia que le concede al cubano, al que llama allí «el primero de los maestros». El hecho de que buena parte de la poesía martiana sólo se editara póstumamente, ha motivado el tardío conocimiento de esta obra capital, y también diversas dificultades para el ordenamiento e incluso titulación de las colecciones que Martí no logró ordenar. Carlos Javier Morales, en una «Nota editorial» colocada al frente de esta edición, explica al lector cómo ha tenido ante sí las que son sin duda las mejores ediciones de esta poesía, desde las *Obras completas* compiladas por Quesada, hasta la edición crítica de la *Poesía completa*, que en 1985 hicieron Cintio Vitier, Fina García Marruz y Emilio de Armas, y la

también crítica de *Ismaelillo*, *Versos libres y Versos sencillos*, que en 1982 Ivan Schulmann publicara en Cátedra. En la indagación sobre los fundamentos de la compleja poética martiana, Morales apunta hacia el peculiar deísmo de Martí, que él ve como un elemento unificador del criterio moral de su percepción del universo. Pero creo que no se debe olvidar al libre pensador, al iluminista americano que fue Martí, en el que la heterodoxa comprensión de Dios no rebaja el papel que en el hombre desempeña la razón. Su sentido del bien, de lo moral, va permanentemente fundamentado en una lógica aplastante. En lo que toca al modo de producirse el lenguaje del Martí-poeta, acaso Morales sigue demasiado de cerca el enfoque de ese excelente libro que es *Símbolo y color en la obra de José Martí*, de Iván Schulmann, que la Editorial Gredos, de Madrid, diera a conocer en los años 60. Resultan sagaces las lecturas que Morales hace de ese despistador poemario que son los *Versos sencillos*, en el que estrofas típicas de la tradición popular castellana —cuartetas, redondillas— han sido insufladas del espíritu de esa nueva poesía de la lengua que Martí contribuyó a crear. Pero no creo que en todos los casos se pueda tipologizar como «símbolos» algunos de los tropos que se emplean en estos poemas. Algunos sí acusan el carácter sugeridor que delata al símbolo, pero otros son más identificables, como «emblemas», con significados plenamente acordados por convenciones previas a las representaciones que el poeta nos entrega. Pero los grandes autores son así: ni críticos ni simples lectores están ciento por ciento de acuerdo en las percepciones que sus poemas despiertan, y es bueno que así sea, porque ello garantiza la perdurabilidad de esos textos y contribuye a explicar el por qué de ella. Martí, el poeta, el prosista, el pensador, ha sido casi modélico en ese sentido. Pero es de esos autores sobre los que tenemos que volver una y otra vez, porque ya se encuentran dentro del marbete que Alianza Editorial coloca en los libros que conforman el grupo de textos donde está este que comentamos: clásicos. No conozco a Carlos Javier Morales, pero me complace saludar

esta buena edición de la *Poesía completa* de José Martí, que coloca en manos de estudiosos, estudiantes o simples lectores, una zona importantísima de la obra de uno de los grandes escritores de la lengua. ■

El revisionismo bien entendido

RAFAEL ROJAS

José A. Piqueras
Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido (1878-1895)
Fondo de Cultura Económica
Madrid, 2003, 341 pp.

TODAS LAS HISTORIOGRAFÍAS NACIONALISTAS, sobre todo, en culturas poscoloniales como las latinoamericanas, presuponen la existencia de períodos oscuros, marcados por el caos y la decadencia, los cuales se contraponen a edades doradas, bendecidas por el esplendor y la gloria. Los relatos nacionales que conciben esos discursos —mitad religiosos, mitad ideológicos— son a menudo campos de batalla donde se enfrentan las fuerzas del bien y del mal, de la lealtad y la traición. En México, hasta hace muy poco, esa era la connotación de períodos como el Porfiriato (1876-1910) o los imperios de Iturbide (1822-1823) y Maximiliano (1864-1867). En Cuba, esa ha sido la mala imagen historiográfica que, desde hace un siglo, acompaña al lapso que media entre las dos guerras de independencia, la de 1868 y la de 1895, y también a la experiencia republicana (1902-1958) que separa a la Colonia de la Revolución.

En ambos casos, el de la época de entreguerras en el siglo XIX y el de la etapa pre-revolucionaria en el siglo XX, el estereotipo negativo se construye en torno a una coyuntura de ausencia o limitación de la soberanía nacional: el Pacto del Zanjón, en 1878, que puso fin a la Guerra de los Diez Años

por medio de una transacción entre separatistas y realistas que mantuvo el *status* colonial de la isla, y la Enmienda Platt, en 1901, que concedió a Cuba una independencia relativa, limitada por el derecho de Estados Unidos a intervenir en la isla cada vez que se vieran amenazados los intereses norteamericanos. Esa imagen historiográfica peyorativa, que se imprime lo mismo en estudios académicos que en discursos ideológicos y que produce enunciados sobre la economía, la política, la sociedad y la cultura de esas dos épocas, es, en buena medida, una proyección del fetichismo de la soberanía sobre el conocimiento histórico.

En los últimos años, esos prejuicios intelectuales han comenzado a ser impugnados por la nueva historiografía sobre Cuba, producida dentro y fuera de la isla. Los estudios de María del Carmen Barcia sobre las élites y los grupos de presión hispano-cubanos a fines del siglo XIX, de Oscar Zanetti sobre comercio y poder en torno a 1898, de Rebecca J. Scott y Ada Ferrer sobre el fin del régimen esclavista, de María Antonia Marqués Dolz sobre la pequeña y mediana empresa colonial y de Imilcy Balboa Navarro sobre colonización y trabajo libre, por ejemplo, han permitido una mejor comprensión de las dos últimas décadas de la dominación española en Cuba y, sobre todo, del tránsito, más bien fluido, al orden republicano a principios del siglo XX. Sin embargo, todavía falta completar el cuadro de aquella transición con una nueva historiografía de la República, la cual ya comenzaría a insinuarse en los recientes estudios de Louis A. Pérez, Alejandro de la Fuente, Marifeli Pérez-Stable y Marial Iglesias.

Este avance historiográfico habría sido imposible sin el aporte de un grupo de historiadores españoles que, en las últimas décadas, ha creado, casi, un nuevo campo de saber que podríamos llamar *historia cubana* o *historia caribeña de la Restauración española*. Los estudios de Inés Roldán de Montaud sobre la hacienda colonial y el partido Unión Constitucional, de Elena Hernández Sandoica, Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo sobre el autonomismo y la guerra de 1895, de Jordi Maluquer de Motes sobre finanzas

y emigración, de José Antonio Piqueras sobre azúcar y esclavitud y de Consuelo Naranjo Orovió sobre problemas raciales y migratorios de la construcción nacional cubana, han sido decisivos para este giro historiográfico por su valiosa indagación de la perspectiva peninsular y metropolitana que, generalmente, desconocen los académicos de la isla. A esta rama pertenece, por el derecho propio de su identidad polémica y revisionista, el libro *Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido (1878-1895)* de José Antonio Piqueras.

Piqueras inicia su estudio describiendo la imagen del período de entreguerras construido por la historiografía nacionalista y marxista cubana del siglo xx. Según este discurso, los atributos de esa época son el inmovilismo administrativo, la crisis económica permanente, la subordinación al mercado de Estados Unidos hasta el punto de erigirse, estos, en una metrópoli económica que compartía con la metrópoli política, España, el doble dominio colonial sobre la isla, la decadencia de la antigua burguesía esclavista azucarera como resultado de la abolición de la esclavitud en 1886, el tránsito al trabajo libre y la caída de los precios internacionales del dulce, y, por último, el surgimiento de una nueva élite económica peninsular que facilitó la penetración del capital norteamericano, preparando, así, la construcción de un orden neocolonial, bajo la hegemonía de Estados Unidos, que José Martí y la guerra de independencia de 1895 intentaron frenar, pero ya era muy tarde.

Como bien advierte Piqueras, este relato nacionalista fue sostenido, desde ideologías diferentes y hasta contrapuestas, por tres generaciones de intelectuales cubanos: la de los protagonistas del fin de siglo (Manuel Sanguily, Rafael Montoro, José Martí, Enrique José Varona), la de los historiadores liberales de la República (Ramiro Guerra, Emeterio Santovenia, Herminio Portell Vilá, Leví Marrero) y la de los historiadores marxistas de la Revolución (Julio Le Riverend, Sergio Aguirre, Oscar Pino Santos, Francisco López Segrera). Si bien es cierto que algunos historiadores republicanos, como el propio Guerra en sus libros de memorias

Mudos testigos y Por las veredas del pasado, se apartaron ligeramente de esa narrativa canónica, sólo uno de los historiadores marxistas, Manuel Moreno Fraguinals, se resistió a suscribir ideológicamente aquella imagen historiográfica que enlazaba, en un mismo círculo vicioso, de dependencia y crisis, al Zanjón con la República.

El libro de Piqueras, exquisitamente documentado con estadísticas y testimonios, nos cuenta otra historia. Los 17 años que median entre el Zanjón y Baire fueron un lapso de crecimiento económico, a pesar de la crisis financiera coyuntural de 1883-84 y de la caída del precio mundial del azúcar. En esas dos décadas hubo un incremento de la producción y el comercio, las exportaciones se aceleraron y diversificaron, las importaciones de infraestructura y consumo ascendieron, el mercado de trabajo se ensanchó con la abolición de la esclavitud, se multiplicaron las pequeñas empresas y las profesiones liberales, la inmigración peninsular se mantuvo en ascenso y la clase media urbana se dilató. Si a este proceso, que narra de manera impecable Piqueras, se agregan observaciones sobre el incremento del gasto público de la administración colonial, las importantes reformas de urbanización de los años 80, el crecimiento demográfico, la articulación de una opinión pública impresa y la fundación de dos grandes partidos políticos, el Liberal Autonomista y Unión Constitucional, entonces podría hablarse de una modernización colonial, naturalmente, con los costos sociales y la estela de conflictos que toda modernización implica.

Algunos datos ayudan a visualizar el dinamismo de este período. En los diez años posteriores al Pacto del Zanjón la población cubana, que no rebasaba el millón y medio, creció en más de 200.000 habitantes; la producción azucarera, luego de una fase de estancamiento a mediados de los 80, creció en un 60% a principios de los 90, como consecuencia del *bill McKinley* que concedió los mayores incentivos arancelarios al azúcar de la isla; más del 80% del comercio exterior cubano fue absorbido por Estados Unidos, pero las exportaciones cubanas a Gran Bretaña eran de más de 200.000 pesos y a América

del Sur de más de 100.000 pesos; a pesar de la dependencia norteamericana, las importaciones españolas ascendieron a más 500.000 pesos anuales, no mucho menos que las procedentes de Estados Unidos; si en el quinquenio 1885-90, dice Piqueras, el saldo favorable a España en el comercio con Cuba era de 155 millones de pesetas y las exportaciones peninsulares alcanzaron un valor de 336 millones, ya en el lustro siguiente, España exportará a Cuba 544 millones y el saldo a favor de la metrópoli será de 389 millones: casi un incremento del 150%. De ahí, el cuestionamiento frontal del relato de la crisis:

Si observamos la exportación *per capita*, Cuba prácticamente iguala la primera posición del continente en 1870 —Uruguay— y alcanza la primacía en torno a 1890: ha pasado de 44,3 a 55,7 dólares, cinco veces el promedio latinoamericano. ¿Son estas cifras propias de una economía en crisis, siquiera en recesión?... De 1850-70 a 1870-90 el crecimiento del poder adquisitivo de las exportaciones cubanas (calculado sobre las importaciones anuales) pasó del 2,7 al 3,8%, y ello a pesar del drástico descenso del precio del azúcar. En todos los casos los guarismos son favorables para el país caribeño en términos absolutos y en comparación con la realidad latinoamericana. De ahí que junto con Argentina y Chile, Cuba sea uno de los tres casos donde el modelo de crecimiento guiado por las exportaciones se haya considerado un éxito en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero junto con el argumento de la crisis, se deshace también el argumento de la doble dominación colonial. Si a fines del siglo XIX, España era la metrópoli política y Estados Unidos la metrópoli económica, ¿cómo se explica que el saldo favorable a España en la balanza comercial ascendiera de menos de 40.000 pesetas en 1883 y 84 a más de 90.000 en 1892 y 93? Piqueras demuestra que fue precisamente en la última década del dominio español sobre Cuba cuando la renta colonial de la isla se incrementó más en términos absolutos y relativos. Lo que significa que la concentración de la economía

insular en el mercado norteamericano no representó necesariamente un quiebre de la empresa colonial ni una merma en la transferencia de recursos hacia la Península. La crítica de Piqueras tiene implicaciones muy profundas para la historiografía colonial, ya que reformula el sentido de conceptos básicos como *metrópoli* y *colonia*:

En suma, si Cuba en los años de 1890 depende más de los Estados Unidos, también es mayor la renta detraída por España. Quizá fuera oportuno volver a reflexionar sobre el concepto de metrópoli, pues si referido a la política su sentido es unívoco, soberanía en manos de la potencia colonial, la idea de metrópoli económica es equívoca. Así, la subordinación a los intereses norteamericanos que lleva a afirmar que Estados Unidos se había convertido en su metrópoli económica no excluye la expansión de la detracción española porque, en definitiva, la coyuntura supone un crecimiento de los recursos existentes y de las plusvalías realizadas.

La conclusión de Piqueras es muy seductora: en el período de entreguerras, Cuba se vuelve más dependiente de Estados Unidos, pero, a la vez, se convierte en una colonia más rentable para España. Esa nueva racionalidad colonial, desde el punto de vista de la metrópoli, implicaba una dialéctica sutil entre las nociones tradicionales de *posesión* y *dominio*. En vista de las nuevas posibilidades que se abrían en el comercio atlántico, España decidió ceder en su *posesión* imperial para incrementar su *dominio* colonial. Pero esta decisión no se tomó a espaldas de las élites hispano-cubanas, sino en perfecta consonancia con sus intereses. Para la historia social de Cuba, que es el verdadero campo de batalla de las ideologías historiográficas, esta tesis tiene una relevancia polémica. Una valoración del estado de las fortunas de las principales familias de la sacarocracia cubana (los Zulueta, los Santovenia, los Carrillo, los Peñalver, los Brunet, los Montalvo...), le permite a Piqueras aseverar que aquella burguesía, en vez de depauperarse, continuó su enriquecimiento, pero ahora más ligada al poder económico peninsular.

El interés de esas élites era ni más ni menos el que anunciaba el Pacto del Zanjón: que Cuba fuera una provincia de ultramar con leyes especiales, esto es, una colonia, y no un gobierno autónomo, como el que deseaban los criollos liberales, o una entidad plenamente asimilada a la metrópoli, como querían los reformistas.

Lenin sospechaba que detrás de todo revisionismo había cierta mezquindad. Si despojamos esa sospecha de su afán ortodoxo, tal vez debamos admitir que es cierto: el revisionismo es un tanto mezquino. *Cuba, emporio y colonia* de José Antonio Piqueras es un libro revisionista que contrapone a un relato de la historiografía tradicional otro relato de la historiografía contemporánea. Sin embargo, la quisquillosa desmitificación, el sectarismo intelectual o el constante vaivén entre la prueba y el error no tienen cabida en este volumen tan informado como analítico. Piqueras ha escrito un libro en forma de discusión, de coloquio abierto, sin pretensiones de clausura o exclusión de otras posibilidades hermenéuticas. Su mensaje final es, de hecho, toda una paradoja de la isla de Cuba a fines del siglo XIX: paradoja del crecimiento y la crisis, de la modernidad y del atraso, en fin, del emporio y la colonia. ■



Cuba y sus leyes

ORLANDO GÓMEZ GONZÁLEZ

Beatriz Bernal

Cuba y sus leyes: Estudios histórico-jurídicos
 Universidad Nacional Autónoma de México
 Instituto de Investigaciones Jurídicas
 Serie Estudios Jurídicos, N° 27
 México, 2002, 173 pp.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE México con la publicación de *Cuba y sus leyes* ha querido homenajear el centenario de la República cubana, constituyendo no sólo un estudio histórico jurídico, sino un

aporte bibliográfico relevante y un preciado documento investigativo. Como profesora de Historia del Derecho, la Dra. Beatriz Bernal nos aporta sus conocimientos y su experiencia a través de toda la obra, explicando de forma didáctica y con un lenguaje ameno y sencillo un tema tan importante en la historia de Cuba.

Varios ensayos componen este libro que a pesar de no ser extenso ofrece una visión cuidadosamente estructurada de la evolución constitucional y el pensamiento liberal de la Isla desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Acompaña al texto un CD-Rom como versión informatizada de la obra para una utilización práctica.

El primero de los siete estudios está dedicado al pensamiento liberal cubano. Un análisis detallado del origen, evolución y desarrollo del ideario liberal que nos hace comprender el razonamiento de la Dra. Bernal al explicarnos que «en la Cuba del siglo XIX la elite intelectual —además de la orientación autonomista, reformista, anexionista o separatista— se agrupó en torno al liberalismo, doctrina sociopolítica y económica imperante en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica.» Esta antología nos ofrece también los principales exponentes de esta corriente filosófica desde el siglo XIX hasta nuestros días, sus aportes y las obras publicadas.

De forma didáctica nos ofrece cronológicamente los distintos sucesos ocurridos durante la formación de la República y la influencia del movimiento liberal en esta gestación, su efecto en la prensa y en las instituciones culturales conformando un elemento de arraigo en la tradición cultural cubana.

El capítulo dedicado a las propuestas y proyectos constitucionales en la Cuba del siglo XIX, conjuntamente con el que aborda las constituciones liberales cubanas conforman el núcleo duro o fuerte del aspecto jurídico del trabajo en el que se pone de manifiesto los profundos conocimientos de derecho de la autora. Analiza además la coyuntura histórica con la influencia del autonomismo y reformismo, las propuestas y proyectos constitucionales de los separatistas y anexionistas en su manifestación en el

independentismo, así como la importancia y relevancia histórico jurídica.

«Desde sus orígenes hasta las primeras décadas de nuestro siglo, la historia política de Cuba se confunde y entrelaza con la constitucional. Esto se debió a que, hasta los albores del siglo XIX, no hubo en Cuba una idea de patria o nación, ni nadie concibió, siquiera como realidad pensada, el crear un Estado independiente. Dicha historia se entrelaza y confunde también con el pensamiento liberal, debido a que las primeras nociones de patria y nación aparecen en los pensadores cubanos cuando ya en el viejo continente se ha dado el tránsito del Estado moderno al Estado liberal.»

En el excelente estudio histórico jurídico de la Constitución de 1901, esta obra nos aporta un valioso análisis desde los antecedentes de la guerra hispano-americana, la ocupación norteamericana, el interregno constitucional, la formación de la Comisión Constituyente de 1900 y la Enmienda Platt como apéndice de la Constitución de 1901 con sus respectivas valoraciones ético jurídicas.

Ya en el estudio del texto constitucional nos hace una clara interpretación normativa, nos ayuda a desentrañar el sentido que quiso darle el legislador a la norma. Con un lenguaje sencillo y comprensible tanto para juristas como para neófitos, la Dra. Bernal va explicando el contenido de la Ley constitucional basada en los principios de democracia liberal clásica, influenciada por las principales constituciones europeas y americanas de la época, siendo el inicio de un incipiente Estado de Derecho y a la vez convirtiéndose en la pionera del constitucionalismo y el derecho político cubano.

Prosigue una interesante investigación jurídico comparativo en relación con el tratamiento divergente de expulsión de extranjeros en las legislaciones y la política migratoria mexicanas y cubanas. Hacer derecho comparado —como bien considera la doctrina actual— es una aportación a nuevas fuentes de derecho. El análisis normativo valorativo que realiza la autora del artículo 33 de las Constituciones mexicanas de 1857 y 1917 hasta la evolución de la política migratoria

de la Cuba del siglo XIX, incluyendo el debate del llamado extranjero «pernicioso» en la Asamblea Constituyente cubana de 1902, constituyen documentos de gran importancia en materia de extranjería.

A la administración de justicia está dedicado el siguiente capítulo. La autora nos ofrece una panorámica que parte de un esbozo histórico y legislativo de la Cuba republicana adentrándonos en la evolución del poder judicial, haciendo naturalmente alusión a la Constitución de 1940, calificándola de cariz liberal y socialdemócrata al ser incluidos en este cuerpo legal los derechos sociales. «La Carta Magna del 40 no sólo fue un compromiso entre todas las fuerzas sociales del país (conservadores, liberales, nacionalistas, comunistas y otros), sino también fue un texto que pretendió adaptarse a los nuevos tiempos y a la doctrina constitucional internacional.»

Seguidamente aborda la dependiente administración de justicia desde 1959 hasta la actualidad del régimen sociopolítico imperante, sustentado principalmente en la administración de justicia penal. La Dra. Bernal nos fundamenta que desde la promulgación de las primeras leyes hasta la actualidad se ha producido una huida hacia el Derecho Penal, con una utilización excesiva de la legislación penal como instrumento de «*poder revolucionario*» al aplicar penas severas con el incontrolado afán de proteger al Estado.

Así la autora nos conduce hasta la Constitución de 1976. Al analizarla llega a la conclusión de que este cuerpo legal no se ajusta a los principios tradicionales del Estado de Derecho ni cumple el requisito del imperio de la Ley como expresión de la voluntad popular, ni tampoco el control judicial de la legalidad de los actos de la administración y la constitucionalidad de las leyes y mucho menos la división de poderes. La ausencia de garantías jurídicas de los derechos y libertades fundamentales implica una situación de inseguridad jurídica. Asimismo, se cuestiona la autora si en Cuba existe o no un Estado de Derecho. Evidentemente la respuesta es negativa. ¿En qué se basa? La respuesta se da al final de la obra, por lo cual recomendamos su lectura. ■

Maneras de contar

ALEJANDRO ARMENGOL

Jorge Fornet y Carlos Espinosa
Cuento cubano del siglo XX
 Fondo de Cultura Económica
 México, 2002, 392 pp.

EN EL PRÓLOGO A ESTA ANTOLOGÍA, JORGE Fornet afirma con acierto que el género en la isla «se define por la tensión entre los deseos y la realidad». Esta tensión —por otra parte no ajena a cualquier obra literaria— también está presente en la presentación de algunos hechos claves de la literatura cubana de la segunda mitad del siglo recién concluido. Como consecuencia, surgen ciertas verdades a medias e inexactitudes que le restan valor a un texto que, por otra parte, logra en buena medida superar las limitaciones que por muchos años caracterizó el enfoque del acontecer literario del país.

Limitaciones que, paradójicamente, se destacan aún más en un autor que posee la capacidad demostrada de ir más allá de un pensamiento esquemático, que dominó la crítica cubana durante gran parte del proceso iniciado el primero de enero de 1959.

Antes de referirme a lo que entiendo por limitaciones en dicho prólogo, quiero hacer dos salvedades. La primera es que en ningún momento cuestiono la selección de las obras, puesto que toda antología parte de criterios excluyentes e influyentes que nunca están libres de discusión, pero que deben ser colocados a un lado a la hora de analizar el prólogo como un texto independiente. La segunda se relaciona con la primera, y es el hecho de que considero que dicho prólogo o introducción tiene un carácter más abarcador que una simple presentación de las narraciones —o en todo caso va más allá que una justificación de lo que sigue—, e intenta ser un panorama breve de lo ocurrido durante todo un siglo en lo que respecta al cuento cubano.

Para lograr este panorama, Fornet se plantea varios criterios de partida, que le sirven para fijar los polos entre los cuales se va a

mover su análisis. Esta selección resulta sumamente acertada. Además de la dicotomía entre la realidad y el deseo ya señaladas, el autor destaca la dualidad entre los relatos fantásticos y una narrativa realista siempre vinculada a lo social. Esta disyuntiva no lo lleva a caracterizar a la primera como literatura de evasión, y a considerar a la segunda dentro del paradigma de obra comprometida, sino todo lo contrario.

Rechazando todo dogmatismo, ve precisamente en dos narraciones precursoras —*El ciervo encantado* y *La agonía de la Garza*— enfoques opuestos («el fantástico enunciado por el primero, y el de tema social del segundo»), pero una intención similar de denuncia, ya sea en clave alegórica o de forma más explícita. Al tiempo que fija estas y otras guías, Fornet ofrece varias interpretaciones que aparecen intercaladas a lo largo de las páginas: el desencanto y la frustración frente a la realidad social y política como tema dominante que abre y cierra el siglo; las dificultades de la asimilación y el regreso como notas dominantes en la literatura del destierro y la inclusión de nuevas facetas de la realidad, pero que excluyen una valoración moral de los acontecimientos, como la nota predominante en los relatos de fin de siglo.

Sustentando y complementado los criterios y las explicaciones en que basa su análisis, Fornet se detiene en la descripción imprescindible de los acontecimientos políticos, sociales y literarios —y en mucha menor medida económicos— que influyeron en la creación de las narraciones, o al menos que resultaron preponderantes en los diferentes momentos que trazan la evolución del género durante el siglo xx. Es aquí donde el deseo se impone en varias ocasiones, por encima de la realidad de lo ocurrido, y la interpretación de los hechos queda enmascarada en una explicación que dice cuatro verdades pero deja fuera otras tantas.

El primer acierto notable es considerar a Esteban Borrero Echeverría, con *El ciervo encantado*, como el autor que inaugura el siglo. No se trata de una obra y un autor que inicien un movimiento o marquen una forma de contar. Tampoco es un vigoroso arranque narrativo para una centuria que va a conocer diver-

sos períodos de auge y letargo del género. El mismo Fornet, pocos párrafos después de referirse a Borrero, se ve obligado a precisar: «Sin embargo, fue en la década del 20, con las vanguardias, cuando la literatura cubana des-pertaría definitivamente de su letargo».

La importancia de *El ciervo* radica en el rescate que se lleva a cabo de un relato cuyo tema tiene una actualidad superior a las limitaciones de un estilo más cercano al siglo XIX: la ineptitud de los cubanos a la hora de unirse en una lucha común; su capacidad para la persecución de un ideal, pero sus limitaciones a la hora de alcanzarlo. Esto permite a Fornet lanzar una tesis atrevida: el siglo se abre y se cierra con el tema del desencanto. Pero esta caracterización —por lo demás aguda y novedosa— encierra el peligro de colocar en un mismo nivel a la frustración que acompaña al nacimiento de una república —que surge con limitaciones conocidas— y la decepción que caracteriza las postrimerías del proceso revolucionario iniciado en 1959. Se podría argumentar en este sentido, que al igual que la república ha sobrevivido un siglo de lamentaciones, la revolución cubana tiene por delante cien años más de pesar. Sólo que república y revolución no son realidades semejantes, tanto desde el punto de vista social y político como cultural.

De igual forma, al referirse a la prohibición del documental *PM*, dirigido por Sabá Cabrera y Orlando Jiménez Leal, Fornet señala que éste «tenía dos inconvenientes: en tiempos dignos del género épico, se regodeaba en un tipo de vida desvinculado del nuevo proyecto social; por si fuera poco, la película, producida por [el suplemento literario del diario *Revolución*] *Lunes de Revolución*, fue un peón en el fuego político cruzado entre diferentes facciones que se disputaban el poder cultural». En este caso, no hace más que repetir en parte la misma explicación oficial que el régimen de La Habana viene dando de los hechos desde el primer día, y luego de omitir la clausura del suplemento literario, se limita a decir que «el fantasma de la censura» comenzó a flotar luego de que la película fue retirada, para pasar a mencionar las *Palabras a los intelectuales* de Fidel Castro —que fueron precisamente la justificación de la censura.

Comprendo que un investigador que vive en la isla no puede emprender una crítica abierta de las palabras del gobernante cubano —a menos que esté dispuesto a dar un paso saludable para su conciencia pero no para su residencia en el país—, pero su explicación no deja por ello de ser incompleta y tergiversada.

Donde la tergiversación llega a un grado mayor es un poco más adelante, cuando el crítico se refiere al «caso Padilla»: «A raíz de la polémica generada en torno a él, la política cultural del país se endureció y tanto de manera sutil como desembozada creció la censura y decenas de escritores padecieron alguna sanción en virtud de sus ideas, sus creencias religiosas o sus preferencias sexuales». Sucede que la verdad es todo lo contrario: el «caso Padilla» fue la consecuencia de una censura más severa. Castro decidió utilizar al poeta Heberto Padilla como una víctima propicia tras el descalabro enorme de la Zafra de los Diez Millones, el desastre económico producido por una política insensata —tanto internacionalmente con el apoyo desmedido al movimiento guerrillero latinoamericano como nacionalmente con planes agrícolas e industriales enloquecidos— y la consiguiente entrega a la Unión Soviética como única salida. Como los escritores y artistas —al igual que el Papa— no cuentan con divisiones armadas, resultaron «fáciles» de sacrificar. Desde antes de encarcelar a Padilla, Castro sabía que los intelectuales en todo el mundo iban a poner el grito en el cielo; también sabía que esas protestas eran de una importancia relativa, para él y en ese momento determinado. No se trataba de sacrificar un ejército; era simplemente dejar a un lado la impedimenta. La conveniencia de utilizarlos como vidrieras propagandísticas en todo el mundo pasó a un segundo plano, porque su supervivencia estaba en juego.

Por otra parte, el hostigamiento a los escritores homosexuales y religiosos, además de los que discrepaban políticamente, fue parte de la persecución en general a esos grupos, y un aspecto común en los regímenes fascistas. Mucho antes de la publicación de *Fuera del juego*, y de que Padilla empezara a destacarse como un intelectual contestatario, Virgilio Piñera había sido detenido en la tristemente célebre «Noche de las Tres P».

El enmascaramiento de la realidad también lleva a Fornet a ofrecer una versión errónea de lo ocurrido con la literatura policial. Refiriéndose al año 1971 —en que ocurrió la detención y la autoincriminación de Padilla— señala: «A partir de ese momento, mientras buena parte de la vida cultural languidecía, la literatura policial irrumpió violentamente en el ámbito literario cubano con todo el apoyo institucional». Se refiere entonces a la publicación de la novela policiaca *Enigma para un domingo*, de Ignacio Cárdenas Acuña, y más adelante expresa, al hablar del auge del género: «Fue una forma sabia, y no exenta de obras de calidad, de proponer (e imponer) un modelo de literatura estética y políticamente ‘correcta’. La literatura policial aportaba además, pese a su carácter formulaico, un realismo no evasivo. Irónicamente, el género exquisito e intelectual por excelencia —al menos en sus orígenes— devino en paradigma de la literatura comprometida».

Llama la atención esta referencia por dos razones. La primera porque resulta extemporánea. La literatura policial cubana se destacó en la novela y no en el cuento. La segunda porque está plagada de errores. La novela de Cárdenas Acuña conserva su valor de iniciación de un género en un determinado momento en la isla, pero por lo demás es una obra muy menor. Pero lo más importante es que se trata de una novela que toma como modelo a la corriente norteamericana caracterizada por los libros de Dashiell Hammett y Raymond Chandler.

Fornet habla de la versión intelectual del género, pero ese subgénero policial —representado por los cuentos de Edgar Allan Poe, Conan Doyle y otros— no tuvo seguidores en Cuba (como sí lo practicaron Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares en Argentina). Los cubanos tomaron como punto de partida la escuela *Hardboiled*, que se caracterizó por su fuerte denuncia social. Lo que hizo el régimen de La Habana fue precisamente impedir el desarrollo de esa vertiente, premiando y editando textos donde la figura del detective privado no existe —en Cuba aún no hay detectives privados—, la policía no es corrupta y los funcionarios públicos

no son aliados de los delincuentes. Si bien es cierto que se produjeron un par de obras de valor literario, éstas responden al esquema impuesto: nada más alejado del «compromiso» verdadero y el «realismo no evasivo». Tendrían que transcurrir varios años, para que con el surgimiento de las novelas de Leonardo Padura, el género retomara el carácter de denuncia que lo caracteriza.

Resulta estimulante ver que a medida que en su análisis Fornet se acerca a los libros publicados en los últimos años, sus observaciones adquieren mayor precisión. Así, caracteriza al cuento *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, de Senel Paz, no como un relato que abre una época, sino que «en verdad parece sellar el fin». Es posible que —por un fenómeno puramente temporal— a un investigador que reside en Cuba le resulte más fácil hablar de lo escrito hace diez años que de lo publicado hace treinta. Destacar las limitaciones del desencanto y no detenerse demasiado en las causas de la decadencia de la literatura «comprometida» —una palabra, por otra parte, mencionada apenas en el prólogo. No deja de resultar una paradoja, pero vive en un país que es la versión malsana de una paradoja.

Si Fornet comete todas las imprecisiones, errores y tergiversaciones antes señaladas, no es por un desconocimiento del tema. Se ve «obligado» a ello al tratar de ajustar una realidad a un esquema donde aún no se puede contar toda la verdad. No son los errores de un investigador literario; son las limitaciones que le impone el sistema en que se mueve. El prólogo de esta antología del cuento cubano del siglo xx —que reúne textos de escritores residentes en Cuba y en el extranjero, y cuya selección y notas fue realizada por el propio Fornet y el crítico exiliado Carlos Espinosa Domínguez— es una muestra del avance y las limitaciones de enfoque que el modelo cultural del régimen aún impone a los creadores y ensayistas. Sólo cabe esperar —y no puedo dejar de ser escéptico al respecto— que ediciones futuras permitan a quienes la realicen, moverse con mayor libertad a la hora de hacer un balance de las obras o en la presentación de textos no ya del presente sino apenas del pasado. ■

Milena: aviso y maravilla

EMILIO ICHIKAWA

Milena Rodríguez

Alicia en el país de lo ya visto

Diputación Provincial de Granada

Col. Maillot Amarillo, Granada, 2001, 72 pp.

TODAS LAS TARDES, MIENTRAS ENTRENABA en el estadio de la Universidad de La Habana, veía pasar a una hermosa muchacha azorada de prisa desde la colina que bordea la pista de atletismo, exactamente frente al hospital Calixto García. Ella cubría desde entonces un destinal itinerario entre la Facultad de Letras y la Facultad de Psicología.

Además de amigos, en Letras Milena tenía un padre, un maestro ejemplar: el poeta Guillermo Rodríguez Rivera. En Psicología era estudiante de filosofía del profesor Alexis Jardines, el pensador cubano con más vocación especulativa que yo he tratado alguna vez.

En estos cruces forjó una disposición mental amenazada por dos virtudes: la belleza y la inteligencia; y una carrera escoltada por dos abismos: la medicina y la poesía, el verso y la terapia. Después de graduarse en la Facultad de Psicología se consolidó intelectualmente en un grupo de psicoanálisis de corte lacaniano que es, con seguridad, la comunidad intelectual más coherente emergida en La Habana en los años 90.

En sus memorias *Mi último suspiro*, después de calificar al Surrealismo como un movimiento moral, Buñuel advierte que no puede entenderse ese grupo si no se toma en cuenta que todos, desde Dalí hasta supongo que él mismo, eran gente guapa. Lo mismo sucedía con aquel grupo de psicoanálisis lacaniano de La Habana: no se puede comprender la apertura intelectual e institucional lograda, su simpatía internacional y su aceptación local, sin el dato sociológico de la hermosura de aquellas mujeres y aquellos hombres alegres y talentosos.

Milena Rodríguez formaba parte de ese grupo. Entre sus colegas destacaba por preferir el análisis literario a la vertiente clínica;

aunque manejaba, por supuesto, las técnicas de la terapia analítica. Hicimos el viaje Habana-Madrid juntos por casualidad, en el mismo asiento, y desde entonces sabía que, como el héroe bíblico, llevaba dos patrias en su seno: la poesía y el pensamiento reflexivo.

Tensado entre esos ademanes aparece el poemario *Alicia en el país de lo ya visto* que se sitúa con mucha suerte en un marco sensitivo predominante de crítica feminista, sensibilidad social y anhelo reivindicativo. El afán de mujer, esa visión del hombre que a veces roza la imagen del enemigo vale en sus palabras por presentar tres créditos básicos:

■ Autenticidad

■ Fuerza

■ Belleza

La fuente de esa *autenticidad* es doble. Una imaginación poderosa y una experiencia personal imposible de alcanzar sin esas dotes de talento y hermosura que he apuntado con anterioridad y que, partiendo de Buñuel, integro decididamente como un elemento estético. Hoy en día, como nunca antes, la obra esta conectada directamente a la misma corporalidad (o «fiscalidad») del artista.

La *fuerza* emana de fuentes semejantes, y se consume cuando se enlaza a un uso radical del lenguaje. Hay desafíos poéticos en este libro que, por versos, alcanza a veces la intensidad del descaro. Por supuesto, nada de esto tendría valor sin la *belleza*, es decir, sin el trabajo aplicado de los textos.

El libro está formado por cuatro cuerpos poéticos: *Putas de papel*, *Memorias del subsuelo*, *Dar la vuelta al mundo*, *Otra vez el mar*. Se viaja en ellos desde la sensibilidad feminista de la primera persona hasta el asomo final de lo político; pasando por tópicos de la poseía occidental como son la soledad y la muerte, tema explícito de *Memorias del subsuelo*.

Fuerza hay en el poema «Putas de papel», que es una suerte de agresión profesional expresada bajo un estado de pasión sana. Desde el mismo tópico feminista, sale de él hacia una tensión genérica con la escritura:

Mas la vocación no hay quien la vista
con disfraz:

me he vuelto una puta de papel
(el papel no falta nunca).

En Milena, a diferencia de otras escritoras que emiten sentido poético desde una sensibilidad feminista, el hombre, incluso el hombre anatematizado o relegado (a través de la reflexión o la ironía) es, o cuando menos ha sido, un hombre amado. No hay un desdén (no lo veo yo) por el ser masculino, sino por ciertas conductas desdichadamente convertidas en hábitos, en rutinas del género: la resistencia a la admiración, la incapacidad de amar niveladamente, el miedo a la exposición. Milena capta todo esto y lo desecha, lo tira con fuerza y sin maldad. Hay incluso como cierto dolor resignado en la constatación de estas simplezas masculinas; afloran en «El reposo del guerrero», «La princesa encantada» y «El llamado de la selva.» Este último poema presenta un cansancio explícito ante la previsibilidad masculina y el rol determinante de la mujer en la tradicional ficción de la «conquista» masculina:

A mí déjenme sola en mi jaula:
voy a sentarme
a morder mi corazón despacio,
bien despacio,
para no tener nunca
que volver de cacería.

Se encuentran por doquier temas disciplinantes de la poesía occidental como la soledad y la muerte. La sección *Memorias del subsuelo* presenta el tema de la muerte en dos dimensiones fundamentales: la muerte física y la inercia, ese dejarse llevar que establece la muerte por cansancio o comodidad. Aquí es necesario apuntar que el tema de «los muertos que andan» es una obsesión del arte bajo una revolución; Milena, seguramente, lo ha conocido en la generación de escritores y trovadores bajo los que se formó en Cuba y, de alguna manera, en esa sensibilidad altruista y redentorista que es posible encontrar en algunos ambientes intelectuales del sur de España. La siguiente estrofa del poema IV de *Memorias del subsuelo* me recuerda a Silvio Rodríguez citando a Brecht en la canción *Sueño con serpientes*, de su disco *Días y flores*:

No se puede negar que son prudentes:
llevan tres, cinco, siete muertes en el alma,
y si les falta alguna,
van corriendo a meterse dentro de la otra.

En el libro aparece también la nostalgia, el amor a lo diferente, las reminiscencias de islas y, finalmente, en la última sección titulada *Otra vez el mar*, todo el desasosiego vital anterior, la predominante experiencia femenina, con evocaciones políticas y referencias literarias intelectuales de notable rango. Aquí la escritora es la mujer que dialoga con Sor Juana Inés de la Cruz y Alfonsina Storni; que pueba a ser Eva, Lilith, Lesbia, Cinthia, Helena; o mujer de un político de partido que «*puede pasarse nuestro corazón/ por su mismísima célula.*»

Con *Alicia en el país de lo ya vivido* Milena Rodríguez avanza hacia la consolidación de una obra literaria que incluye la edición, la antologación y serios lances en el ámbito de la reflexión crítica. Los lectores de este libro comprenderán la seguridad que nos reporta apostar por ella. ■

¿Para qué sirve una antología?

ÁNGELES MATEO DEL PINO

Poesía cubana del siglo XX
Selección y notas de Jesús Barquet
y Norberto Codina
Prólogo de Jesús Barquet
Fondo de Cultura Económica
México, 2002, 556 pp.

EN ESTOS TIEMPOS QUE CORREN, EN LOS que se valora constantemente no sólo acceder a la información sino, sobre todo, apropiarse de ella lo más rápidamente posible, los medios de comunicación electrónicos juegan un papel cada vez más importante. No se nos escapa que, en lo que respecta al mundo editorial, el libro y los autores —algunos más o

menos divulgados y conocidos, sin entrar aquí a señalar las políticas comerciales de diversos tipos que han llevado a privilegiar a unos frente a otros— se han beneficiado también de las nuevas vías o estrategias que posibilitan un conocimiento cada vez más global y específico de eso que llamamos literatura. De esta manera, no deja de extrañarnos que al utilizar las modernas rutas por las que transita la información —entiéndase navegar por la red— resulte cada vez más fácil encontrar documentación sobre lo literario, desde lo general a lo individual: la literatura de un país, de una época, de una estética o de un escritor en concreto. Los datos que obtenemos son tan variados que, gracias a portales, páginas y enlaces, podemos configurar el particular espacio de la escritura que singulariza y distingue una cultura, una nación y una identidad —colectiva e individual— de otras. Desde esta perspectiva, nosotros, los navegantes, descubrimos biografías, bibliografías, entrevistas, anécdotas, artículos, reseñas, comentarios, obras de escasa difusión y publicaciones agotadas, e incluso textos inéditos... Las editoriales y distribuidoras, conocedoras también de esas ventajas, ofrecen sus catálogos de libros en la red, asegurando además la fiabilidad y rapidez del envío. Todo ello favorece, sin duda alguna, el conocimiento, la difusión y el acceso a una determinada producción literaria.

Hemos considerado oportuno comenzar con esta reflexión porque, si como apuntamos, actualmente resulta cada vez más fácil acceder a la obra concreta de un autor, entonces, cabe preguntarse, qué sentido tiene una antología que precisamente pretende ser un «muestreo» que seleccione una o varias composiciones, a veces tan sólo fragmentos, de un escritor o de un grupo de escritores. Es decir, qué valor le damos a la obra que partiendo de la especificidad de un autor o autores deviene generalidad o representatividad de un determinado panorama literario. Trataré de responder a este interrogante haciendo mención a la publicación que nos ocupa: *Poesía cubana del siglo XX*.

A primera vista, el peso de la originalidad de esta obra no radica en que sea una *antología*, ni en que el género elegido haya

sido la *poesía*, ni en que la geografía delimitada sea la *cubana*. Un rápido repaso del panorama editorial de los últimos años nos confirma que son varios, por no decir muchos, los títulos que han nacido con el mismo sentido: *Poemas cubanos del siglo XX. Antología* (Selección y edición de Manuel Díaz Martínez, Ediciones Hiperión, Madrid, 2002). *Nueve poetas cubanos del siglo XX* (Edición de Rolando Sánchez Mejías, Barcelona, 2000). *La isla en su tinta. Antología de la poesía cubana* (Selección y presentación de Francisco Morán, Editorial Verbum, Madrid, 2000). *Doscientos años de poesía cubana, 1790-1990. Cien poemas antológicos* (Selección e introducción de Virgilio López Lemus, Casa Editora Abril, La Habana, 1999). *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana. Siglo XX (1900-1998)* (Selección, introducción, notas y bibliografía de Jorge Luis Arcos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999). *Poésie cubaine du XXe siècle* (Claude Couffon, ed. bilingüe, Ginebra, 1997). *Con un mismo fuego. Poesía cubana* (Selección de Aitana Alberti, Revista Litoral/Ediciones UNESCO, Torremolinos-Málaga, 1997), por citar tan sólo algunos de los más recientes.

La verdadera originalidad y, por tanto, el acierto de esta antología estriba en el hecho de que se constituye en una *cartografía*, a la manera deuleziana, un diagrama que configura un mapa o plano de la poesía cubana del siglo XX. Para ello se extrae una representación de una multiplicidad poética, obteniendo así un corpus textual, una fuerza mayor que es más que la simple suma de poetas y poemas cubanos contemporáneos. Las correlaciones de poder que se establecen en el tejido mismo de la antología responden a los criterios que «animaron y orientaron la concepción, selección y ordenación» de esta obra. Sin embargo, se deja también al lector la posibilidad de que sea éste el que descifre nuevas significaciones y busque interrelaciones que hagan dialogar a los poemas entre sí y, en este sentido, se conforma como una obra abierta.

Ahora bien, aun cuando a menudo se olvida, o tal vez sería más adecuado decir que se «ningunea», en reseñas y comentarios, el trabajo, la investigación y la responsabilidad del antologador, esta cartografía, como cualquier

otra, tampoco se ha armado sola. Los autores de esta antología son Jesús J. Barquet y Norberto Codina, ambos poetas y cubanos, a ellos les debemos no sólo la selección sino también las notas que acompañan esta *Poesía cubana del siglo XX*. De igual manera, se nos ofrece una introducción —«Nueve criterios para armar y una conclusión esperanzada»—, firmada por Jesús J. Barquet, donde de manera juiciosa se da cuenta de los motivos y razones que han llevado a incluir a estos poetas y esos poemas y no a otros.

Los criterios señalados abarcan una amplia gama de propuestas y lecturas de la poesía cubana contemporánea que, además del «consabido *criterio estético*, basado en la calidad literaria del poema», nos lleva a reparar en otros aspectos, quizá menos frecuentemente utilizados como razones de peso en las obras de este tipo. Tales juicios van desde lo *genealógico*, que ofrece, junto a la visión de una «tradición poética» cubana, una lectura más personal y arriesgada que apuesta por lo «otro»: autores olvidados o desconocidos, no suficientemente valorados, excluidos de otras antologías... Una publicación que nace con un claro sentido de integración: «Ni cortapisas ideológicas ni morales ni sexuales ni religiosas o de cualquier otra índole extraliteraria limitaron nuestra selección», afirma Jesús J. Barquet.

Lo *historicista* tiene igualmente cabida en este libro. De esta manera se nos brinda una trayectoria que, de forma sucinta, pero extraordinariamente rica en cuanto a datos, nombres, estéticas y circunstancias —literarias y extraliterarias—, tiene el acierto de presentarnos el panorama de la poesía cubana que recorre todo el siglo XX, desde sus inicios hasta su fin. Para dar una visión más completa y globalizadora se insiste nuevamente en no marcar distinciones de ningún tipo, y menos de establecer diferencias entre «centro» —La Habana— y «periferia» —interior del país—, o bien entre «los de dentro» —Cuba— y «los de fuera» —exilio, emigración, diáspora—.

El criterio *métrico-formal* hace su aparición en esta antología para situarnos en la esfera de lo estrictamente poético. Desde esta perspectiva se establece un recorrido que, basado en la «forma», da cuenta de estructuras como

el soneto, el poema en prosa, el versículo, el versolibrismo, el poema largo... usados por diferentes autores a lo largo del siglo XX.

Más aclaratorio resulta el especial interés que guía esta antología al señalar que la obra aquí reunida responde del mismo modo a un proyecto de nación —criterio *semántico*—, que va más allá de la pertenencia al territorio propiamente cubano, de ahí que se enfatice en el hecho de la transterritorialidad que sufre esta escritura para así poder entender y valorar en su justa medida la trayectoria histórica y espiritual de este pueblo y de esta poesía más concretamente.

A todo ello se une la apuesta *dialógica* que potencia la comunicación entre los poemas, bien por el tema, el motivo, el estilo o la forma. Aun cuando, como señalamos anteriormente, dicha «conversación» la deberán propiciar los propios lectores. Sin olvidar que este posible diálogo cuenta ya con una «puesta en escena», desde el momento en que los antologadores han creado un nuevo corpus textual que responde a una «*dramaturgia* más personal y creativa en la selección y ordenación», pues no se limitan a recoger los poemas siguiendo siempre un orden estrictamente cronológico, como sí ocurre con los poetas, quienes ocupan un lugar en la antología atendiendo a sus fechas de nacimiento.

Sin duda, motivado por razones de espacio, aun cuando se señala que no se desea reducir los diversos registros estéticos de un autor a uno sólo —criterio *antiestereotipador*—, se ha tenido que optar por aquel que los antologadores consideran más representativo. Lo que, además, se advierte al precisar el *objeto de estudio*, pues la antología se limita a la poesía culta, de transmisión escrita. Por ello, si bien se hace hincapié en otras formas, tales como la poesía de carácter popular, la poesía cubano-estadounidense, la canción de factura poética..., no aparecen aquí reflejadas.

No podemos dejar de mencionar la excelente labor de recopilación bibliográfica a cargo de Jesús J. Barquet, Norberto Codina y Jorge Luis Arcos. Esta bibliografía enriquece sin duda alguna la obra, pues de forma cronológica, desde 1903 hasta 2002, se hace mención a las antologías de poesía culta y

popular cubana, publicadas tanto dentro como fuera de la Isla. Lo que será un referente imprescindible para todos aquellos que quieran conocer y profundizar en el panorama poético cubano del siglo xx.

Por último, aunque creemos que no resulta necesario señalarlo, esta antología responde al criterio *del gusto personal*, una apuesta que los antologadores hacen al reivindicar a «unos» frente a «otros», entiéndase poetas y poemas. Pero en todo caso, los autores logran lo que se eleva como propuesta diseminada a lo largo de la obra, dar cuenta de una poesía «para ‘congregar’ y ‘apuntalar’ en su unidad esencial aquello que la Historia haya disgregado». Este es el verdadero mérito y valor de esta antología. ■

Andrés Jorge, *voyeur* de profundidades

FÉLIX LUIS VIERA

Andrés Jorge

Voyeurs

Alfaguara de México

México, D.F., 2002, 290 pp.

CUALQUIER DICCIONARIO AFIRMA QUE LA voz francesa *voyeur* determina a quien se excita sexualmente espionando a otras personas; y en cualquier texto del mismo propósito se define que *espíar* es acechar, de manera disimulada, lo que otros hacen o expresan. ¿Pero acaso no será el observador observado? ¿El espía espiado? ¿Y no será la vida toda, no sólo en lo que a la razón erótica se refiere, una refriega entre practicantes del voyeurismo?

Por aquí anda uno de los basamentos fundamentales de *Voyeurs*, la última novela de Andrés Jorge (Pinar del Río, 1960), en donde este autor esgrime una vez más el que, quizás, sea su principal postulado, según ha afirmado antes: una novela tiene

que ser profunda. Sólo que, en esta ocasión, la profundidad en la exposición se alcanza por vías más diversas y en algún modo menos solemnes que en sus textos anteriores. Por ejemplo, el humor y cierto desparpajo, también pueden obrar a favor de la profundidad si, como es el caso, están bien trabajados.

El Artista, un pintor harto del matrimonio, que ha decidido abandonar, se impone un retiro —y una rara abstinencia sexual— en una mansión prestada en un barrio selecto en las afueras de la ciudad de México; anda en busca de la soledad, de ese hallarse a sí mismo, de ese afán común de contestarse ciertas preguntas vitales que surgen cuando se llega a los cuarenta años. Pero, en la mansión contigua, a un golpe de ojo desde la ventana del Artista, aparece Rayn, una mujer enigmática, que más tarde descubriremos compositora y que se hace acompañar por un hombre, al parecer su marido y, también al parecer, ciego. Aquí comienza el *voyeur* su función.

El *Olimpo*, un inusitado y ya obsoleto buque-tanque que cumple su última travesía, de México a Grecia, tiene a bien recoger a Ulises, único sobreviviente de un grupo de jóvenes balseiros cubanos. Durante la travesía, y según la costumbre implantada por el capitán de la nave, las personas principales a bordo deben turnarse para que, cada noche, los demás escuchen una narración. Aquí, a la manera de *El Decamerón*, luego de un principio relativamente farragoso, vamos a ir recibiendo una cadena de historias de muy diversa índole, que tienen, en mi opinión, sus momentos cumbres en el pasaje de «Scherezada» o en «Última elegía a Miguel». Es en este plano donde corre el humor ya mencionado —en algunas ocasiones dejado caer por un exceso de trivialidad— y por otro elemento que Andrés Jorge no había desplegado hasta ahora con tanto vigor: su capacidad para fabular. La paranoia de Ulises, que en todo momento se cree perseguido, engañado por la rara tripulación del *Olimpo*, a quien constantemente confunde con la Seguridad del Estado cubana, resulta, más que la paranoia de alguien, cierto ensayo narrativo sobre la paranoia.

Sin dudas, Andrés Jorge se ha basado para escribir esta obra en el concepto ya sabido de que una novela son muchas novelas; o de que la novela es la novela de la novela. En *Voyeurs* nos topamos, constantemente, lo mismo con la trama de la subtrama que con la subtrama de la trama; meandros sorprendidos y sorprendentes que nos llevan de uno a otro propósito; el Internet, un disco compacto o un casete rastreado por un personaje, o una «novelita erótica» salida de un texto mayor, sirven de punto de giro para complicar y enriquecer la acción dramática en un alarde de ingenio que, afortunadamente, no va a dar en el laberinto de los espejos, como les ha ocurrido a otros autores que se han ido por esta vía.

El escamoteo en el contenido, que se mantiene a lo largo de la novela, tiene su par en la forma en las pp 70-71, 99-100 o 285-288; en éstas se alcanza un juego formal de notable magisterio cuando el narrador rompe el diálogo, o mejor lo disuelve, y realiza una fusión de tiempo y espacio que hace viajar al lector —con toda sencillez, es lo mejor— en ambas direcciones y así el autor consigue, además de intensidad, un considerable ahorro de masa narrativa.

¿El sexo o el amor?, la eterna pregunta. Y otra igual de eterna: ¿el amor *versus* el sexo, he ahí el dilema? Estos factores, al igual que cierta propuesta sobre las razones del lesbianismo, así como la desacralización de determinadas actividades humanas que parecieran inmarcesibles frente a eso que suelen llamar la «ley del deseo», son, entre otros, algunos de los puntos de interés que hacen crecer a *Voyeurs* —cuyo erotismo, más que fino, resulta taimado, cual debe ser.

Voyeurs pretende y logra demostrar que el ser humano es, por naturaleza, un mirón no sólo del brassiere de la vecina, o del calzón del vecino, sino de los entrepliegues del alma del prójimo. Con esta novela Andrés Jorge supera a sus dos anteriores, que ya mostraban notable calidad; de modo que la obra de este autor, aunque no se incluya en ciertas listas oficiales, clasifica por amplio puntaje entre lo más representativo de la novelística cubana de la última década. ■

Ceremonias de honestidad

MICHAEL H. MIRANDA

César López
Ceremonias y ceremoniales
Ediciones Holguín
Holguín, 2002, 110 pp.

EN ALGÚN LUGAR DE SU COPIOSA OBRA ensayística, Octavio Paz se refiere brevemente, en tono elogioso, a cierta poesía fácil escrita por el argentino Enrique Molina. Aco-ta que le llama fácil «en el sentido en que son fáciles el crecer del árbol, la vegetación del mar o la sucesión de imágenes del sueño», tal vez para no verse en la incómoda obligación de aclarar que no confundamos tal término con el facilismo o la simpleza.

Mientras releo la nueva edición cubana de *Ceremonias y ceremoniales*, de César López, me da vueltas en la cabeza la extraña definición del Nobel mexicano. Podría considerarse, en efecto, que son las páginas de este poemario resultado de una escritura fácil, no complejizada, en el mismo sentido de lo irremediable del crecer un árbol, del texto poético cuando menos amables fueron para su autor las circunstancias.

A ello puede conducirme, si cabe llamarle así, el *estilo* de César, su prosaísmo lírico llevado a la apoteosis. Noto la desnudez de los versos, la necesidad de un decir claro, despojados de palabras sedosas, como si hubieran ido naciendo en emergencias, luego de fugaces contemplaciones, un golpe de vista o el aroma que alguien dejó al pasar. Parecen escritos, además, sobre papel de botar. O de quemar.

La extensión puede dar fe de una intención parecida. Al lado de, por ejemplo, sus tres *Libros de la ciudad*, integrados por extensos poemas que acopian personajes, situaciones de largo aliento, diálogos, hechos narrados como si pertenecieran al universo del cuento o la novela de su vida y los tomara prestados, estas ceremonias tienen la duración del disparo y quieren decir y dicen tanto como aquellos.

Entre 1968 y 1974 fue hilvanándose este libro. Su autor quiere que pongamos atención en el dato. En Cuba hemos sabido de los rigores de las cronologías, tal vez demasiado en las últimas cuatro décadas. Hemos vivido cada año, sin elipsis apenas, como si fueran algo más que un simple año. Cada uno dice algo, porta afirmaciones o amarguras, asientos o desdenes, según se mire. Los siete que cubre el arco de estas ceremonias estuvieron plagados de hechos que todavía se padecen como si no acabáramos de dar vuelta a una página oscura.

César ha querido, quiere, ser coherente con su tiempo. Al título le agrega una línea breve: *Con acompañamiento y circunstancias*. Este libro no lo imagino publicado en la grisura de una década tan atroz como aquella que le llevó a preguntarse: *¿Quién inventó el enredo? / ¿Quién cambió la doctrina a su manera? / ¿Quién instaló el terror y la sospecha? / ¿Quién cortó el alto vuelo / de la imaginación y de lo cotidiano? / ¿Quién degradó el trabajo hasta el castigo? / ¿Quién comerció con sangre y con sudores? / ¿Quién embarró de mierda la esperanza?*

Queda entonces para ser, también, memoria y algo más. Y ese algo más es el deseo no sé si confesado pero latente, posible, de dialogar consigo mismo, con aquel mundo y también con *Fuera del juego*, de Heberto Padilla —libro cismático, el mayor de cuanto publicara un autor de su generación en esa década y un poco más—, a partir del enjuiciamiento de (otra vez) aquellas circunstancias, sus secuelas y tragicidades, en textos denunciadores, que saben provocar asintiendo y negando, a veces ríspidos y las más irónicos. Me pregunto si habrían podido escribirse de otro modo, en registro diferente, sin perder su condición.

Si hubiera polos en las letras cubanas, César debe habitar aquel donde fuman Eliseo Diego y Gastón Baquero y se flagela Padilla a la espera de esquivar rehabilitación. Son escritores dados a una claridad, al discurso diáfano que apuesta menos por el misterio de las resonancias que por la comunicabilidad. Lo fueron también, pero con otros signos, la mayoría de los miembros de su generación —sus libros son ahora apenas releídos—, imbuidos de un querer decir casi siempre desde el compromiso y el acriticismo.

Mientras llega la hora de las ediciones canónicas, de obras completas que postulen lo definitivo, un sello editorial asentado a casi mil kilómetros de La Habana se arriesga a dar cuerpo total a este libro impuro de un autor honesto, volumen en apariencias siempre descolocado. Si antes desentonaba por su discurso demasiado cuestionador, ahora parece muy subido en tiempos de reiterados ocultamientos, de franquezas cínicas que develan darwinianas posturas, de tanta lateralidad galopante. Contra todo ello, ese antes y ese ahora, se alzan estas ceremonias, estas páginas de honradez contrastante. ■

Monika y la Revolución

NANCY JULIEN-LANDELIUS

Monika Krause-Fuchs

Monika y la Revolución. Una mirada singular sobre la historia reciente de Cuba
Centro de la Cultura Popular Canaria
Tenerife, 2002, 288 pp.

RECIBIR EL LIBRO Y LEERLO DE UNA SENTADA fue la misma cosa. No podía separarme de él. Había entrado en mi propio mundo. La fotografía de Monika y sus hijos no hizo otra cosa que alegrarme el alma. A tal libro-testimonio, tal reseña-testimonio.

Conocí a Monika muy pocos días después de su llegada a La Habana en 1962. Paco Chavarry, nuestro mutuo amigo me la presentó. Enseguida simpatizamos y así a través de los años, hemos conservado la amistad y el cariño, a pesar de no habernos visto en los últimos treinta años. Su libro me cuenta cosas de ella que reconozco como mías. Vivimos juntas grandes trozos de historia contemporánea del continente americano y en particular de Cuba y Chile.

Las tribulaciones por las que tuvo que pasar Monika desde su salida de la RDA, así como durante toda su estancia en Cuba, reflejan en gran medida las vicisitudes a las que

tiene que hacer frente cualquier pueblo sometido a un estado dictatorial para sobrevivir.

Nos tenemos que situar en un momento histórico de la Revolución cubana, sus dos primeros años. La autora, en un lenguaje coloquial y cubanísimo, nos brinda excelentes pinceladas de La Habana de aquella época. Asimismo, nos notifica el desgaste moral que ya mostraban las autoridades comunistas de la RDA. La intolerancia senil de los comunistas alemanes contrastaba con las ilusiones de la joven Monika, recién graduada de la Carrera Latinoamericana de la Universidad de Rostock, que escogió Cuba como país de estudio y como país de amor.

El Sierra Maestra fue el primer barco de diez mil toneladas que se construyó en la RDA especialmente para Cuba. Fue todo un acontecimiento. El capitán de este barco era Jesús, un joven marino de carrera, amigo mío desde septiembre/octubre de 1959. Yo trabajaba con Paco, por entonces Subsecretario Político de la Cancillería cubana y de

quien Jesús era muy amigo. Conocí así, no sólo a Jesús sino a casi todos los amigos y amigas que visitaban a Paco, un ser sumamente sociable. Monika, ya casada con su capitán, se integró también a este grupo.

La lectura de este excelente testimonio de tres décadas, nos muestra un país que comienza a agotar el stock en sus dos primeros años, promete reformas importantes para el pueblo, democracia y un futuro maravilloso. El pueblo, nosotros todos, estábamos enardecidos, imbuidos de pasión revolucionaria, ilusionados. Creíamos en la utopía. Nos fuimos dejando educar con los eslogans ya manidos del campo socialista pero absolutamente nuevos para nosotros. Le hicimos frente a la invasión de Playa Girón, nos atrincheramos durante la Crisis de Octubre, manifestamos horas y horas, día tras día, gritando consignas de apoyo a Fidel y en contra del vecino torpe pero todopoderoso. Fuimos a los distintos trabajos voluntarios, guardias cosacas, entrenamientos, etc. Hicimos la famosa Zafra de



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

EDICIONES UNIVERSAL

(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234
Fax:: (305) 642-7978

e-mail: ediciones@kampung.net

<http://www.ediciones.com>

los 10 Millones que nunca fueron, porque desde 1968 se sabía que apenas se podía llegar a 8 millones de toneladas. Gente muy seria trabajó en este plan azucarero y fueron cayendo en desgracia uno tras otro, gracias al voluntarismo de Fidel Castro. Sangre, sudor y lágrimas costó aquella zafra, sin contar el derroche en dinero. Un mea culpa debilucho y pasar al ordenamiento soviético fue la misma cosa y el mismo descalabro.

A través de su propia vivencia, Monika logra en estas páginas ilustrar en detalle el deterioro constante del proceso revolucionario, los fracasos cotidianos, la escasez de todo tipo que golpeaba a la población. La desmoralización imperante en todos los frentes. La autora desmitifica los establecimientos educacionales, sobre todo la Escuela al Campo. Descubre la negligencia de algunos médicos y hospitales del país. La Libreta de Abastecimiento y todas sus secuelas. La comandocracia y los privilegios de los técnicos de los llamados «países amigos».

La UMAP, primer campo de concentración que se estableció en Cuba para albergar a los homosexuales como si fueran criminales, las playas que una vez se abrieron al pueblo y comienzan a cerrar sus puertas, los restaurantes, clubes sociales, tiendas, cabarets, etc. Que exigen dólares para que los cubanos puedan tener acceso. Todo esto lleva a una enorme decepción, a una sensa-

ción extraña de fracaso total. Monika hace mucho hincapié en lo que fue y es la enfermedad típica del socialismo que realmente existió y del persistente en Cuba, aunque sea en vías de extinción: El Miedo, ese terror interno que hace que un individuo piense una cosa y diga otra, que se traicione a sí mismo, que engañe constantemente al otro para sobrevivir. El miedo que padece toda persona que ha vivido y vive en una sociedad totalitaria, voluntarista, arbitraria, plena de desigualdades. El ejemplo mejor lo tenemos en la hecatombe del campo socialista, con sus agentes secretos dispersándose por el mundo, igual que hicieron los nazis en su momento. Ahora, lamentablemente, ese miedo continúa latente en Cuba.

Sin embargo hay mucho humor en este libro, la vitalidad de Monika trasunta en cada línea. Ella nos lleva de la mano y nos comenta sus logros profesionales que fueron muchos, así como sus amarguras. Recomendando la lectura de *Monika y la Revolución* porque hay amor en sus páginas, y en especial para aquellos que vivieron y viven la involución cubana, sufriendo en carne propia los atropellos diarios, y que verán también reflejada su realidad en este libro. A los tardíamente ilusionados de hoy, a los turistas que aún no quieren creer que la realidad fue y es así, quizás estos pasajes de la historia les sirvan de lección. ■